

SERVICIO
SECRETO

SS

DETECTIVE STORY

Albert Rosbund



SOLO MAYORES
DE **18** AÑOS

Era dulce y bonita, largos cabellos dorados. No tendría más allá de los veinte años.

—¿Es usted Stuart Douglas, el detective privado? —me preguntó con una voz casi angelical.

Le dije que sí y me hice a un lado para franquearle el paso al interior de mi oficina.

Una vez nos acomodamos en mi despacho, con la luz del mediodía entrando a chorros por el amplio ventanal que daba al Lincoln Park, ella dijo:

—Estoy preocupada por Amos.



Albert Rosbund

Detective story

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1526

ePub r1.0

Lds 21.01.19



Título original: *Detective story*

Albert Rosbund, 1979

Cubierta: Norma

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2





**SERVICIO
SECRETO**



Con mi admiración por Ross Macdonald y sus sórdidas
historias familiares.

CAPÍTULO PRIMERO

Era dulce y bonita, largos cabellos dorados. No tendría más allá de los veinte años.

—¿Es usted Stuart Douglas, el detective privado? —me preguntó con una voz casi angelical.

Le dije que sí y me hice a un lado para franquearle el paso al interior de mi oficina.

Una vez nos acomodamos en mi despacho, con la luz del mediodía entrando a chorros por el amplio ventanal que daba al Lincoln Park, ella dijo:

—Estoy preocupada por Amos.

Ciertamente, lo debía estar. Forzaba la sonrisa, queriendo mostrarse simpática y agradable, pero toda ella respiraba nerviosismo. Ni un solo instante se estaba quieta en la butaca. Y además no se expresaba del todo bien, porque...

—¿De quién me habla, señorita...?

Ella cayó en la cuenta, apretujando su bolso.

—Perdone, señor Douglas. Mi nombre es Deborah Preston y... y creo que he empezado por el final.

—No se preocupe —tomé mi cajetilla de cigarrillos de la mesa y le ofrecí.

Denegó, dándome las gracias. Yo sí encendí un pitillo, esperando sus explicaciones.

—Amos y yo somos novios —dijo, para rectificar al momento—: Bueno, no. Oficialmente, no.

—¿Por qué?

Ella vaciló.

—Supongo que todo lo que se habla aquí es confidencial...

—Por supuesto, señorita Preston. Practico el secreto de

profesión.

—Verá... La culpa es mía. No me he atrevido a decirlo. Creo que mis padres no lo verían, bien, no darían su aprobación. Cuando Amos viene a mi casa, lo hace siempre en compañía de otros amigos, para disimular, ¿entiende?

—Humm —me limité a responder—. ¿Usted le quiere?

—Sí.

—¿Y él a usted?

—También.

—Pero tienen miedo de confesar su amor. ¿Por qué?

—Ya se lo dije antes, mis padres no lo...

—¿Por qué? —insistí.

Ella se mordió el labio inferior, agachando ligeramente la cabeza.

—Amos es el hijo de una de las muchas secretarias de la compañía de mi padre.

Me quedé pensativo, entre el humo de mi tabaco. Por fin musité:

—Adam Preston... ¿Usted es su hija?

—Sí.

Lancé un silbido. Diablos, la hija del potentado Preston, propietario de la más importante empresa de laminados siderúrgicos, había venido a sentarse frente a mí. ¿Por qué recurrir a un modesto detective privado como yo cuando en la nómina de su padre debían haber lo menos media docena?

Pareció adivinar mis pensamientos. Alzando su mirada y clavándola en mí, agregó:

—Quiero una discreción total. Nadie ha de saber de esto. Mucho menos mis padres.

—Soy como una tumba. Puede estar tranquila.

—Le pagaré bien, señor Douglas.

—Oh, eso no será problema. Vayamos con el asunto. ¿Cuál es el nombre completo de Amos?

—Amos Caldwell.

—¿Y cómo es él?

—Tiene un año más que yo, veintiuno. Es un joven alto, delgado, moreno. Es poseedor de una fuerte personalidad, muy tozudo cuando se empeña en algo. Abandonó los estudios cuando su madre decidió trasladarse aquí...

—¿De dónde procedían?

—De Pasadena. Allí vivían con su abuelo materno. Amos lo adora. Va muchas veces a visitarle. También porque allí sigue teniendo a la mayoría de sus amigos.

—¿Y su padre? ¿Murió?

—No. Tengo entendido que los abandonó, no sé si llegó a divorciarse. Desde luego, parece ser que no han vuelto a saber de él.

—¿A qué se dedica Amos?

—Trabaja.

—¿En qué?

—Es... es el socorrista de las piscinas de un club.

—Ajá.

—Amos es un excelente nadador.

Estrujé la colilla en el cenicero de cristal que había sobre la mesa, proyectando hacia adelante mi busto. Mis ojos se fijaron en los de ella.

—Bien —exclamé—. Ya sé algo sobre Amos, también sobre usted. Ahora podemos pasar al problema. ¿Por qué está preocupada por Amos?

Ella no dijo nada por el momento. Luego, al cabo de un rato de silencio:

—Creo que ahora sí le aceptaría un cigarrillo.

Se lo entregué ya encendido, sin que ella opusiera ningún reparo.

Le dio una larga chupada y después, mientras expulsaba el humo, explicó:

—Amos está últimamente un poco raro, huraño diría yo, poco comunicativo. Y ése no es su carácter.

—¿Sabe cuál es la razón?

—No. Eso es lo que quiero que averigüe, señor Douglas.

—¿Entre ustedes no ocurre nada... anormal? Me refiero a sus relaciones.

—No. En absoluto —había firmeza en sus palabras—. El problema viene de fuera.

—¿Cómo está tan segura?

—El otro día descubrí en su pañuelo... huellas de carmín —dijo esto último como un susurro. Por si no lo había llegado a escuchar, repitió—: Huellas de carmín.

—¿Otra mujer?

—Eso tendrá que confirmármelo usted. He de saber exactamente lo que pasa. El se muestra reacio a hablar, por eso he venido aquí a contratarle. Por cierto, aún no hemos hablado de sus honorarios.

—Cien dólares diarios más gastos. Doscientos cincuenta como anticipo.

La chica no se inmutó. Abrió el bolso, sacó una cartera y de ella un fajo de billetes que extendió sobre la mesa en forma de abanico.

Me mostré indiferente a aquel despliegue económico. Tomé un bolígrafo y un block de notas y le rogué que me fuera suministrando los datos que necesitaba, nombres y direcciones principalmente. Ella obedeció, mientras consumía el cigarrillo.

—Estoy en sus manos, señor Douglas —dijo, cuando yo finalicé de escribir. Un cierto escalofrío me recorrió la espina dorsal, conmovido por el tono de sus palabras—. He confiado plenamente en usted. Espero que no me defraude y me ayude a disolver esos nubarrones que enturbian mis pensamientos.

—Haré todo lo posible. Tenga en cuenta que no soy Dios.

—Sí, claro —apagó el cigarrillo—. Y le ruego la máxima discreción. Si va a hacer preguntas por ahí, no me mencione para nada.

—Conozco mi oficio, señorita Preston. No se preocupe por eso.

—¿Se pondré a trabajar enseguida en ello?

—Está misma tarde.

—Gracias.

Se puso en pie. Yo también, acompañándola seguidamente hasta la puerta. Desde la cabina del ascensor aún me dijo, con voz suplicante:

—Ayúdenos, señor Douglas. Estoy segura que Amos tiene un problema. Yo le amo mucho, no quiero perderlo. Por f...

La puerta del ascensor se cerró definitivamente. Me quedé solo, aspirando su rastro de perfume. Y en mi mente permanecieron hondamente grabados aquel tono de voz, aquella mirada, la tristeza de una muchachita de veinte años que veía peligrar su primer amor.

CAPÍTULO II

El «Thorton Club» se alzaba en la zona de Ocean Park, con vistas a la bahía de Santa Mónica. Cuando llegué allí, el calor del mediodía había decrecido un tanto y soplaba una agradable brisa. El portero uniformado de la entrada me confundió con un socio. Le saqué del error abonándole el pase.

El lugar cumplía todos los requisitos para que las gentes de Santa Mónica con cifras de seis o más ceros en sus cuentas corrientes se sintieran a gusto. ¿Pistas de tenis, de frontón, piscinas, restaurantes, bar, salones de baile y de reunión, incluso para celebrar conferencias...? Escogí el camino de las piscinas, deseoso de conocer personalmente a Amos Caldwell. Debía vigilarle tanto en su trabajo como en su vida privada.

Eran dos piscinas, una con las dimensiones que exigía el deporte de la natación en encuentros competitivos, otra de tamaño más reducido, con menor profundidad, para niños y mayores que no tuvieran mucha seguridad en sí mismos a la hora de nadar. No había mucha gente en el agua, casi todo el mundo se encontraba alrededor de las piscinas, bien tumbados sobre toallas o hamacas tostándose al sol, bien sentados bajo parasoles de vivos colores saboreando combinados que eran servidos por dos camareros impolutamente uniformados de blanco. Predominaba la clientela femenina sobre todo las mujeres de mediana edad.

Tomé asiento junto a una mesita libre de parasol.

Uno de los diligentes camareros se acercó enseguida a atenderme. Le pedí un *whisky* con hielo.

Tardó el tiempo que yo empleé en encender un cigarrillo. Me dejó el *ticket* bajo el platito. Yo ya desparramaba mi mirada por los alrededores, tratando de localizar a Amos Caldwell. No conseguí dar

con él y bebí un sorbo. El *whisky* era de primera calidad. No me molesté en mirar la cuenta.

Se estaba bien allí, pero mi trabajo no consistía en dedicarme al ocio. Por otro lado, no quería llamar en exceso la atención sobre Amos Caldwell preguntando por él. Mi cliente me había asegurado que allí lo encontraría, pues trabajaba hasta las seis de la tarde.

Finalmente mis ojos dieron con una figura atlética. Era un joven de veinticinco años a lo sumo, de cabellos rubios, ensortijados, y ojos claros. Poseía una marcada musculatura y desde luego no se parecía en nada a la descripción que mi cliente me había facilitado sobre Amos Caldwell. Aquel muchacho se paseaba un tanto engallado por los bordes de las piscinas, con su sucinto bañador color granate, alborotando las mentes de muchas señoras que le miraban furtivamente. Por un momento pensé que sería un gigoló en busca de carnaza.

Me equivoqué. Una señora oronda y sin atractivo pegó de repente un alarido y el atlético muchacho rubio actuó con una rapidez insospechada, arrojándose a la piscina de menor tamaño. De ella salió al minuto llevando entre sus brazos un niño que lloriqueaba y escupía agua, al que atendió seguidamente entre el nerviosismo de la señora oronda y dos féminas más. Eso me dejó con la mosca tras la oreja.

Poco después el rubiales seguía pavoneándose por el lugar y yo terminaba mi *whisky*. Llamé al camarero y mientras le pagaba, comenté distraídamente:

—Hoy no he visto por aquí a Amos Caldwell...

—Ha faltado todo el día.

Me ofreció el cambio y yo lo rechacé, agregando:

—¿Está enfermo?

—No, señor. La que está enferma es su madre. Tengo entendido que llamó anoche al señor Lennox, el encargado, diciéndole que hoy no podría venir. Por eso llamaron a Gregory —miró hacia el socorrista de cabellos rubios.

—Ajá. ¿Dónde hay una cabina telefónica?

—Adentro hay teléfono, señor —me indicó el *barman*.

—Gracias.

—A usted.

Unos instantes más tarde telefoneaba al número que me había

facilitado mi cliente. Se puso al aparato una mujer de voz enronquecida. Pregunté por Deborah.

—¿De parte de quién?

—Un amigo.

Al otro lado del hilo telefónico vacilaron, escuché un jadeo. Por fin oí el ruido del auricular al ser depositado sobre algo sólido, duro.

Cuando Deborah Preston se puso al aparato, le conté la sorpresa que acababa de llevarme. La suya no fue menor.

—¿La señora Cummings enferma?

—¿Cummings o Caldwell?

—Cummings es su apellido de soltera. Le gusta que la llamen por él.

—Ya. ¿Qué me puede decir?

—No lo entiendo. Yo hablé anoche con él y no me dijo nada sobre su madre.

—¿Puede comprobar eso?

—Sí. Conozco algo a la señora Cummings. La llamaré con cualquier excusa.

—Magnífico. Le doy diez minutos. Hasta ahora.

Colgué y encendí otro cigarrillo. El ambiente del bar era algo ruidoso, estridente. No me separé del teléfono, la espalda apoyada contra la pared.

Cuando volví a llamar, Deborah Preston ya tenía la respuesta.

—La señora Cummings se encuentra en perfecto estado. Amos no está en casa.

—¿Y ella no sabe adónde puede haber ido?

—No se lo pregunté; ella cree que está ahí trabajando. Sería preocuparla y descubrirse.

—Ya. ¿Usted no tiene ninguna idea?

—No.

—¿Sabe de alguna amistad de Amos que pudiera tener idea de su paradero?

Se lo pensó un momento.

—Tal vez su sustituto.

—¿Quién?

—Gregory Latimer. Si Amos no está en su puesto, debe estar él, Gregory Amos lo propuso como sustituto suyo. Ambos se conocen

de los tiempos de Pasadena.

—¿Es de confianza ese tal Gregory?

—Yo no lo conozco mucho. Pero desde luego es de los que más trata Amos, por su mismo origen.

—De acuerdo. Lo intentaré.

—Téngame al corriente, señor Douglas. Por favor.

Le dije que sí y colgué. Estuve reflexionando durante unos instantes cómo estaba el asunto y lo que a continuación iba a hacer. Luego, salí otra vez al aire libre.

El atlético joven de cabellos rubios continuaba paseándose para gusto de determinadas señoras. Me dirigí directamente hacia él, cortándole el paso con una sonrisa dibujada en mis labios. Dije:

—Hola, Gregory.

El chico se sorprendió, colocándose brazos en jarras.

—¿Me conoce?

—Amos me ha hablado de ti.

—¿Es amigo de él?

—Bastante —mentí con aplomo, sin parpadear, mirándole francamente—. Le conocí por mediación de Deborah Preston, ¿la conoces tú?, es su novia oculta...

—Nos hemos visto un par de veces.

—Mis padres son amigos de los Preston.

—Oh.

El muchacho estaba algo impresionado.

—Yo conozco el secreto de Deborah y Amos. Los dos están muy enamorados.

—Es verdad —asintió.

Estimé que ya me había ganado su confianza.

—Soy muy buen amigo de ellos, creo que hacen una pareja fenomenal y quisiera ayudarles.

—No te entiendo —frunció el ceño.

—Vamos, no te hagas el loco —sonreí—. Algo está sucediendo. Deborah cree que Amos está aquí, trabajando, por eso he venido. Y en la oficina, el encargado Lennox piensa que Amos está en su casa, cuidando de su madre enferma. Desgraciadamente, nada de eso es verdad.

—Diablo —se llevó una mano a la cabeza y se revolvió aún más sus cabellos—. Esta vez no me dijo nada. Creí que era cierto lo que

me contó el señor Lennox.

—Deborah me ha enviado aquí, con un recado, porque ella no podía venir. Imagínate que puede y...

El chico no dijo nada.

—¿Qué está sucediendo, Gregory? ¿Tú lo sabes? Tengo entendido que eres buen amigo de él, sobre todo...

—No creí que le hubiera dado tan fuerte. —Comentó al cabo de un rato.

—¿A qué te refieres?

—Señor, señor —le palmeó una pierna un niño de cinco años, de pelo rizado y carita sonrosada—, ¿puede recuperarme la pelota?

La pelota se encontraba en la piscina grande, prácticamente solitaria ya, sólo una pareja que nadaba en la otra punta.

—Enseguida —respondió con una sonrisa amigable Gregory Latimer, zambulléndose al momento.

Reapareció con la pelota, que entregó al niño, el cual le dio las gracias. Todo su cuerpo chorreaba agua. Tuve que dar un paso atrás para que no se mojaran mis zapatos.

—Me refería a Peggy Carson —me dijo sin que yo le insistiera—. Es una mujer que frecuenta últimamente el club y tiene ciertas apetencias —me miró fijamente, sus ojos diciéndome algo más—. Al parecer lo ha engatusado más de lo que yo pensaba, y eso que le advertí. Amos me aseguró que sólo le seguía el juego para sacarle lo que quería.

—¿Qué?

—Conocer el paradero de su padre.

CAPÍTULO III

Me tuve que trasladar a la Euclid Street, cerca del San Vicente Boulevard, en el oeste de Santa Mónica. Gregory Latimer me había facilitado la dirección.

—Yo he estado allí en un par de ocasiones —me había dicho—. Esa señora paga bien.

—¿Tiene dinero?

—Todo el que viene por aquí lo tiene, y en abundancia. Peggy Carson es una actriz de teatro retirada. Algunos, muy pocos, aún la recuerdan. Tuvo que dejar las tablas por un principio de parálisis. Actualmente ya no puede caminar. Está toda paralizada de cintura para abajo. Creo que no siente nada cuando... Bueno, el caso es que intentó conseguir a Amos con dinero, pero éste no le hizo caso. Luego le habló de Elmer Caldwell, su padre, que los abandonó cuando él tenía poco más de tres años y...

La casa era pequeña, pero lujosa. Una alta verja la protegía de los extraños. Estaba rodeada por unos bellos jardines, excelentemente cuidados, y en el ala derecha se encontraba el garaje, abierto en aquellos momentos, dejando ver un reluciente «Mercedes Benz».

Me atendió una mujer de mediana estatura, de cabellos grises recogidos en un moño. Frisaría los cincuenta años de edad y su semblante reflejaba un gran aburrimiento.

—La señora Carson, por favor.

—¿De parte de quién?

—Stuart Douglas.

—¿Tiene visita concertada?

—No.

—Entonces tendrá que concertarla con la señorita Tucson.

—¿Quién?

—La secretaria de la señora.

—Perdone, pero no tengo tiempo. Se trata de un asunto urgente. Dígale a la señora Carson que soy periodista.

No podía fallar. Gente como la Carson, retirada y casi olvidada, también frustrada, suele atender de inmediato este tipo de llamadas.

—Puede pasar —dijo la doncella al regresar.

Sonreí satisfecho.

Llegamos a una espléndida biblioteca. Una mujer madura, pero que no debía haber pasado todavía el medio siglo de existencia, se encontraba junto a una puerta vidriera que daba a uno de los jardines del exterior. Estaba sentada en un sillón de ruedas de precio, reluciente, y parecía extasiada con la contemplación de las flores. Las luces del atardecer la envolvían como en un halo mágico.

—¿Stuart Douglas? —preguntó, girando el rostro.

—Sí.

—¿De qué periódico?

—De la revista «Magazine Star».

—Oh.

El sillón avanzó hacia mí y el rostro de la mujer adquirió sus colores normales. Era una señora atractiva, de ojos azules y labios pulposos. El cabello tenía un extraño color cobrizo, y lo llevaba muy corto.

—Margaret, sírvele una bebida al señor.

—¿Qué quiere tomar, señor?

—Nada, gracias —rehusé.

—Puedes retirarte, Margaret.

La doncella obedeció en silencio.

—Siéntese, por favor, señor Douglas.

Lo hice en una de las confortables butacas tapizadas en *beige* que allí había. Observé que uno se podía balancear.

Ella me miraba fijamente.

—¿Qué desea, señor Douglas? ¿Una entrevista?

—Algo así —me humedecí los labios con la lengua y agregué—: El director me ha encomendado que me informe sobre su forma de vida actual. La prisa estriba en que el número de la semana que viene se cierra mañana.

—Ya.

—Bien. ¿Qué me puede contar? —Entrelacé las manos.

—Se lo puede imaginar —palmeó con rabia las ruedas del sillón en que se hallaba postrada.

—No me refería a eso. ¿Cómo se desenvuelve su vida actualmente? Amistades que frecuenta, lugares..., todo eso.

—Hago poca vida social. Estoy bastante olvidada: Una persona que no puede valerse por sí misma es un trasto inútil.

Las palabras brotaban de su garganta con amargura.

—Comprendo.

—Ya sabe cómo es esta profesión. Un día estás arriba, y al otro... ¿Tendría inconveniente en prepararme un *whisky* doble, señor Douglas? Creo que me hace falta.

Me puse en pie y me acerqué a la mesita repleta de bebidas. Escogí Johnnie Walker. Le iba a hacer falta.

—Puede contar que mi única amiga es la bebida —dijo cuando le entregaba el vaso.

—No creo que eso guste, ni le haga bien.

—Es la verdad. Casi todo el mundo me dio la espalda. Vivo prácticamente sola, con los recuerdos. ¡Con los malditos recuerdos...!

Bebió un largo trago.

—Alguien la ayudará.

—Oh, sí. Tengo una secretaria, una doncella y un chófer. No me quieren. Sólo están conmigo por mi dinero, porque les pago espléndidamente. Soy una estúpida inválida que únicamente les da problemas. Ahora, sobre todo, estoy comprobando para qué sirve el dinero. Pobre del que no lo tiene...

Nuevamente consumió buena parte del *whisky* doble.

—¿No frecuenta otros ambientes? —insistí—. ¿Permanece encerrada en casa?

—Al principio, sí. Estaba tan deprimida... Cuando se presentaron los primeros síntomas, todos los médicos me dijeron que no había peligro, que tenía solución. Me creé unas falsas esperanzas y ellos se enriquecieron a mi costa. Luego...

Di una cabezada de asentimiento, dándole a entender que la comprendía.

—¿Y ahora? He observado que tiene un magnífico coche,

supongo que lo usará, que irá a algún lado...

—Bueno, sí. Me he hecho socia del «Thorton Club».

—Vaya. Un excelente lugar.

—En efecto. Lástima que no lo pueda disfrutar en su totalidad.

—Al menos lo disfrutará en alguna de sus facetas.

—Sí. Voy allí, me doy unas vueltas, contemplo cómo la gente se mueve, andando, nadando, jugando al tenis, me tomo un par de *whiskys* y le digo a Rufus, mi chófer, que me traiga otra vez aquí.

—¿No ha hecho amistades en el «Thorton Club»?

—No muchas.

Hice una estudiada pausa y luego le espeté de pronto:

—¿Qué me dice de Amos Caldwell?

En un principio se quedó como si fuera una estatua de piedra. Al cabo de unos breves segundos, la mano que sostenía el vaso comenzó a temblar ostensiblemente. Sus ojos, repentinamente, despidieron un brillo salvaje, animal.

—¿Cómo? —chilló.

—Amos Caldwell.

—¡No sé de qué habla!

—Amos Caldwell, Gregory Latimer y otros jóvenes por el estilo.

¿Va comprendiendo?

—¿Qué es esto? ¿Un chantaje?

—En absoluto.

—¿Aún quieren hundirme, más?

—No se trata de eso.

Terminó con el *whisky* y jadeó como una bestia rabiosa. Su voz sonó muy enronquecida:

—¿Entonces?

—Me interesan sus relaciones con Amos Caldwell.

Yo mantenía una postura serena, tranquila, soportando su mirada llena de odio.

—¿Por qué?

—Eso no le incumbe.

—¿Y si no quisiera hablar?

—Creo que lo hará. Así nadie saldrá perdiendo.

Se lo pensó, mientras le daba vueltas al vaso. La mandíbula le temblaba ligeramente.

—¿Y qué quiere saber?

—Se lo he dicho: las relaciones entre usted y Amos Caldwell. ¿Qué hay realmente entre ustedes dos?

—La respuesta es sencilla: una relación puramente física. Eso es todo. Ahora le ruego que se marche para siempre de esta casa. ¡No quiero volver a verle!

—Todavía no.

—¡Váyase! —rugió.

—Lo que me ha contado no me interesa. Más o menos lo sabía. Usted tenía interés por él, le ofreció dinero y Amos lo rechazó. No todo lo consigue el dinero, mi buena señora —sonreí—. Pero a usted le gusta que chicos jóvenes la...

—¡Cállese, maldito! —tronó, impulsándose hacia adelante sin pensar mucho lo que hacía, abotargada por la rabia, y arrojándose el vaso a la cabeza. Ladeé ésta, esquivándolo. Escuché a mi espalda cómo se rompía en varios pedazos.

Mi mirada estaba fija en Peggy Carson. Había caído al suelo. Parecía como un gusano arrastrándose hacia mí. No me moví de la butaca para ayudarla. Ella gruñó:

—¿Qué clase de cerdo es usted?

Tal vez esperara que me apiadara de su estado.

—Sólo soy un tipo que quiere saber de las cosas sucias de la vida. Yo no soy el cerdo, señora Carson. Soy el que investiga a los cerdos.

De pronto, se llevó las manos a la cabeza y rompió en una especie de llanto histérico.

Aguardé sin prisas, encendiendo un cigarrillo. El humo comenzó a envolvernos y eso la hizo volver a la realidad: yo estaba frente a ella, implacable.

—¿Quién es usted realmente? —barbotó, los ojos húmedos y enrojecidos.

—Stuart Douglas. No le mentí.

—Pero no es periodista. ¿Policía?

—No. Y sólo me interesa saber cómo convenció a Amos Caldwell para que accediera a sus deseos.

—¿Por qué?

—Es la información que busco. Bástele eso.

—¿Qué pasa con ese muchacho?

—No le interesa. Hablemos de sus relaciones, por favor —solté

dos chorritos de humo por las fosas nasales—. Parece ser que usted le habló de su padre, ¿no?

—Veo que lo sabe todo.

—No todo. Usted me ha aclarado que la relación era puramente física. No había más. ¿Cierto?

—Sí... El me despreciaba.

—Pero usted le nombró a su padre para conseguir sus favores. Los obtuvo, ¿no?

—Sí.

—¿Qué le contó?

—Le comenté que su apellido me sonaba, que durante mi última actuación en Los Angeles había conocido a un hombre llamado Elmer Caldwell. El dijo que ése era el nombre de su padre. Al parecer le abandonó junto a su madre hace muchos años, cuando él sólo era un crío. El muchacho se mostró enseguida muy interesado. Yo... yo quise aprovechar eso.

—¿Y?

—Accedió a mis deseos, como usted dijo. Yo retrasé la información hasta sentirme satisfecha. El quería conocer su paradero...

—¿Cuándo se lo dijo?

—Esta mañana, al levantarse de la cama. Así pusimos punto final a nuestra breve relación. Creo que se fue decidido a buscarle.

CAPÍTULO IV

Me dijo, algunas cosas más, por supuesto. A Elmer Caldwell lo había conocido la noche de su último estreno. Tras la representación, con total éxito, toda la compañía se había ido a celebrarlo al «Triumph», un *night-club* del este de Los Angeles. La fiesta fue por todo lo alto, se bebió y se bailó hasta casi la madrugada. Ella estaba muy mareada y apenas se podía tener en pie. Pronto se dio cuenta que gran parte de los compañeros y amigos se habían marchado. Gary Wolfe, un jovencísimo actor que hacía sus primeros pinitos, se ofreció a llevarla hasta su casa, y ella aceptó. No me aclaró si había algo más y yo no quise ser excesivamente cruel. Al llegar al *parking* se vieron de pronto asaltados por dos hombres: Gary Wolfe fue golpeado en la cabeza y a ella le arrancaron a tirones las joyas. Luego, se dieron a la huida, en un destartalado coche.

Como es natural, presentó inmediatamente la denuncia y dio una descripción somera de los agresores. Unos días más tarde le llamaron del Police Department. Habían detenido a dos hombres que trataban de venderle las joyas a un «perista». En compañía de Gary Wolfe se presentó en el Departamento de Policía: ella reconoció sus joyas y ambos reconocieron a los dos ladrones nocturnos. Supo entonces sus nombres: uno se llamaba Pat Robinson, el otro Elmer Caldwell.

—Y no volví a saber más de ellos. Ni me preocupé. Supongo que irían a la cárcel durante una temporada.

Yo no dije nada. La tomé en mis brazos, la levanté y la deposité sobre su flamante sillón de ruedas. Nos quedamos mirando, todavía el humo del tabaco flotando entre nosotros.

—Ha sido usted muy amable —dije entonces. Di media vuelta y

me encaminé hacia la salida.

—¡Señor Douglas!

Me detuve, girando el rostro.

—Venga a tomar una copa conmigo otro día. ¡Estoy tan sola...!

Estaba pálida y ojerosa, pero había alzado con altivez su barbilla. Me fijé en la curva de su cuello. Allí seguía palpitando su pasión insatisfecha.

Hice una mueca y me alejé definitivamente. La doncella Margaret me salió al paso, brotando sorpresivamente de una puerta. A pesar de su rostro impávido, tuve la certeza de que había estado escuchando, tal vez sólo con la intención de matar su aburrimiento. Me acompañó hasta la puerta y se despidió muy amablemente de mí.

No busqué mi coche. Crucé la calzada y me introduje en una cabina telefónica. Unos instantes después escuchaba la voz casi angelical de mi cliente.

—Señorita Preston, soy Douglas.

—Oh. ¿Qué hay de nuevo?

La puse al corriente.

—Y creo que eso es todo —finalicé—. Nada ha de temer. No hay otra mujer. Amos sólo trata de encontrar a su padre. Supongo que pronto volverá.

—Aún no ha dado señales de vida.

—No sea impaciente.

—Me ha dicho que ese hombre, Elmer Caldwell, el padre de Amos, es un ladrón...

—Si.

—Por lo que he oído contar, tampoco se portó bien con su esposa y su hijo. No parece, por tanto, un hombre de buenos sentimientos...

—¿Adónde quiere ir a parar?

—Recuerdo que una vez Amos me comentó que si algún día encontraba a su padre, le pediría explicaciones por su mal comportamiento. Temo que... que, dado el carácter de ambos, no se entiendan y haya disputa.

—Estará en la cárcel, seguramente.

—Pero ¿y si ha salido ya?

—Está bien —suspité—. ¿Qué quiere?

—Localice a Amos. Encuéntralo y no le consienta que cometa una tontería.

Me estaba tomando por una niñera, poco más o menos. Pero tenía una forma de pedir las cosas.

—Por favor, señor Douglas...

—Okay.

Colgué, rumiando palabras ininteligibles. Una vez en el coche, le di al encendido, puse la primera y partí hacia Los Angeles. Por el camino me sorprendió la noche, con su manto oscuro, suave y apacible.

En el Police Department, no tenía amigos ni conocidos, dado que me había relacionado muy poco con ellos, máxime perteneciendo como pertenecía a la zona de Santa Mónica. Pero la senda ya estaba abonada.

—Un muchacho estuvo haciendo hoy las mismas preguntas que usted —me replicó el sargento de guardia, un tipo robusto, pelirrojo.

Le tuve que dar una pequeña explicación sobre mi parte en el asunto (Amos había declarado ser hijo de la persona que buscaba) y así conseguí la información. Desgraciadamente, mi idea era un poco anticuada. Elmer Caldwell, así como su compinche Pat Robinson, hacía una semana que habían salido de chirona. Se encontraban bajo libertad vigilada; el oficial que los controlaba se llamaba Edward McCoy. De todas formas, no tenía por qué molestarlo; allí tenían también la dirección de la pareja.

Habían alquilado un apartamento en Vernon, cerca del río Los Angeles. La calle y el edificio hablaban por sí solos de la miseria del lugar. Según la ficha, que había podido tener en mis manos y por tanto leer, ambos se habían colocado a trabajar en un gimnasio a pocas calles de allí, como empleados para todo. No llegaba a entender cómo Elmer Caldwell, no habiéndose alejado apenas nada del sitio donde vivían su esposa y su hijo, en ningún momento se le había ocurrido dar señales de vida, aunque sólo fuera para saludar.

Aparqué el coche entre varios cubos de basura. La calle estaba poco iluminada y no había muchos transeúntes; los pocos, me miraron como si fuera un tipo rico.

Alguien me silbó desde una esquina. Miré. Era una rubia demacrada que me dedicó un balanceo de caderas.

Caminé en sentido contrario. El portal del edificio, que parecía haber sido construido en la época de la Gran Guerra, estaba abierto. Una mujer regordeta barría el vestíbulo al tiempo que cantaba la sobada *Oh, Susana*.

Dejó su faena al escuchar mis pasos. Me miró de arriba abajo y comentó, socarrona:

—Las chicas están en el veintinueve. Éste es el veintiséis. Ahí enfrente.

Mi hice el indiferente.

—Busco a Elmer Caldwell.

Ahora me miró con el ceño fruncido. Se apoyó con las dos manos en la escoba. Ésta crujió, protestando por tener que soportar tanto peso.

—Hoy parece ser el día de ese truhán.

—Vive en el segundo, puerta cuatro.

—Le conoce, ¿eh?

—¿Está?

—Supongo.

—¿Alguien más preguntó por él hoy?

—Sí. Esta tarde. Un joven.

Le pedí una descripción. La que me dio coincidía punto por punto con la que yo tenía de Amos Caldwell.

—El muchacho ya se fue —agregó sin que yo le preguntara—. Salió de aquí como una bala, sin despedirse.

—Humm.

Preocupado, le di la espalda y comencé a subir los peldaños de la escalera. Atrás quedó el ruido producido por la escoba al barrer.

La puerta cuatro estaba ligeramente abierta, apenas una rendija, sí lo suficiente para que yo me percatara. La abrí del todo.

Dentro encontré un tipo despatarrado en el suelo, con el cráneo partido en dos, abundante sangre reseca a su alrededor. A pesar de su desfiguramiento, pude reconocerlo. No hacía siquiera una hora había visto su foto en el Police Department, en una ficha. Era Elmer Caldwell.

CAPÍTULO V

La señora de la escoba mostró mucho aplomo. Parecía haber visto demasiadas cosas en esta vida para asustarse por una cabeza reventada. Los vecinos, en cambio, eran de otra pasta. Un hombre de mediana edad, en mangas de camisa, se puso a dar berridos llamando a la policía. Yo entré en su apartamento y desde allí telefoneé al Police Department.

Los primeros en aparecer fueron unos patrulleros, los rokiés de aquella zona, a los que enseguida habían avisado por la radio. Yo me había entretenido en revisar por encima el apartamento de Elmer Caldwell, sin encontrar nada de particular. No había síntomas de que hubiera sufrido un registro, ni siquiera de que hubiera habido lucha, pelea. La única violencia se había desatado sobre la cabeza de Elmer Caldwell.

El arma asesina se encontraba a dos palmos del muerto. Era un cenicero de cristal macizo que no se había roto, pero sí tenía unas ligeras huellas de sangre.

Yo estaba preocupado por Amos Caldwell. ¿Había sido él capaz de lo que tenía ante mis ojos? ¿Por dónde andaría? Tenía ganas de ponerme inmediatamente en movimiento, pero debía aguardar la aparición de los hombres de la Brigada de Homicidios. Estaban haciéndose rogar...

Una chica de aire desenvuelto, jovial, hizo acto de presencia en el rellano. Era una trigueña de ojos verdes, nariz respingona y labios gordezuelos. Como mucho tendría veintiocho años. Vestía pantalones de pana negros, una blusa roja que apenas podía con la pujanza de su seno y una cazadora oscura. Un bolso colgaba de su hombro derecho.

Por un momento pensé que se trataba de alguna vecina del

edificio que acababa de llegar a él.

—¿Es que solamente los policías de la tele llegan diligentemente al lugar del crimen? —clamaba al techo el hombre en mangas de camisa.

—Aquí estoy —dijo la recién llegada.

El hombre protestón la miró como si fuera un espectro, la que hacía las veces de portera con sorpresa agradable, yo con curiosidad. Los patrulleros parecían conocerla. Uno de ellos la saludó:

—Hola, señorita Marvin.

—Soy la sargento detective Ann Marvin —se presentó—, de la Brigada de Homicidios. Veamos qué ha sucedido...

Pasamos al interior, ella primero. La señora de la escoba me señaló con un dedo.

—El lo descubrió.

Por primera vez se fijó en mí. Durante unos breves instantes se limitó a parpadear con sus rizosas pestañas, luego dijo:

—Bien. ¿Quién es usted y qué hacía aquí?

—Stuart Douglas. Detective privado.

Frunció la nariz al saber mi profesión.

—Verá. Es largo de contar...

—Tengo todo el tiempo del mundo.

—Yo no. Seré breve.

Se lo relaté en pocas palabras. Era idiota ocultar a Amos Caldwell porque en cuanto la señora de la escoba hablara saldría a la palestra y también cuando el informe pasara por el Police Department.

Ella había escuchado atentamente. Preguntó con cierta malicia:

—¿Tiene prisa por avisar al tal Amos Caldwell?

—He de informar a mi cliente —repliqué—. El asunto se ha complicado de una forma insospechada.

«No tanto —pensé, recordando las palabras de Deborah Preston—. Si las comento todavía hundo más al joven Amos».

—Hágalo —dijo Ann Marvin—. Quiero saber si sus familiares o amigos saben de él. Tal vez ya haya dado señales de vida. Sería interesante... charlar con él.

Lo dijo de una forma que no me gustó. Callé y me trasladé al apartamento del vecino. El tipo estaba más calmado, viendo a

Johnny Carson por la tele. No tuvo inconveniente en que volviera a usar su teléfono con tal de que cuanto antes se llevaran el cadáver.

Deborah Preston no sabía nada de Amos. Hacía un momento había hablado con la madre de él, la cual estaba preocupada porque por casa todavía no había aparecido, siempre era puntual a la hora de la cena. Por primera vez me acordé que no había tomado nada.

—¿Y usted? —me pregunto.

Soslayé la pregunta como mejor pude, ya le informaría cara a cara, cuando supiera un poco más. Ahora sólo iba a angustiarla si le decía lo que sabía.

—Sigo con el asunto —finalicé.

En ese momento apareció por allí la mujer policía el inquilino se puso enseguida a su disposición, en cuanto supo que quería interrogarle.

No aportó nada interesante. No hacía más de una hora que había llegado al apartamento, todo el día se lo había pasado trabajando en un taller de reparaciones de automóvil, no se había dado cuenta del detalle de la puerta de enfrente. ¿Estaba ya abierta cuando él llegó? Se encogió de hombros.

Le dejamos con Johnny Carson. En el apartamento de Elmer Caldwell ya había más gente y apenas cabíamos. Estaban los peritos, el fotógrafo, los camilleros de la ambulancia.

—Ese muchacho debe estar escondido en algún lado, asustado perdido —comentó ella.

—¿Piensa que fue el asesino?

—¿Por qué no?

—Tal vez cuando llegó ya tenía el fiambre servido.

—Tal vez —me sonrió—. Pero ¿por qué lo otro? Yo tengo en cuenta las dos posibilidades. Usted, en cambio, no puede ser objetivo.

—Ya veo.

—Es extraño que no haya aparecido el compañero de trabajo y apartamento del muerto. Posiblemente él pudiera aclararnos algunas cosas.

—Sé cuál es el gimnasio. Tomé nota mental cuando leí la ficha en el Police Department.

—¿Me está sugiriendo que vayamos juntos?

—No quiero que piense que pretendo inmiscuirme en su trabajo.

Yo, desde luego, ya nada tengo que hacer aquí. Supongo que estoy libre, ¿no?

—Sí.

—Gracias.

—¿Piensa ir al gimnasio?

—Sí. —No tuve inconveniente en reconocer mis siguientes pasos a dar.

—Le recuerdo que este asunto está ya en manos de la policía. Usted no...

—Ya sé que mi misión no es investigar crímenes —me adelanté a sus palabras—. Mi cliente me ha pedido que encuentre y ayude al muchacho y es lo que voy a hacer. Sea o no sea culpable, creo que va a necesitar mucha ayuda. El asesinato es algo tangencial a mi trabajo.

Ella no replicó de momento, atendimiento a uno de los peritos. Luego me volvió a encarar:

—Parece ser que el robo no es el móvil del asesinato. Elmer Caldwell llevaba su cartera encima, con su dinero.

—Lo he oído.

—Y lleva pocas horas muerto, posiblemente coincida la hora de su muerte con la estancia del muchacho aquí.

—Es su idea —me encogí de hombros—. Bien. Me voy.

—Aguarde.

—¿Qué hay? ¿Quiere una tarjeta mía, por si es preciso localizarme?

—Iré con usted. No soy imprescindible aquí... y tal vez pueda ir adelantando algo. Me interesa el compañero del muerto.

No dije nada, haciéndome a un lado para que pasara delante de mí. Sus caderas y nalgas, bien aprisionadas por los pantalones, se movían a un ritmo que hipnotizaba. Luego pensé que era policía y lo dejé estar.

—¿Tiene coche?

—Sí. ¿Y usted?

—También.

—Iremos en el suyo. Luego me dejará aquí.

No objeté nada. Subimos a mi «Ford Mustang» y recorrimos en silencio las pocas calles que nos separaban del gimnasio donde se habían colocado Caldwell y Robinson tras abandonar la prisión. El

local hacía esquina. Un rótulo pintado en letras negras lo anunciaba.

Por un momento llegué a pensar que estaría ya cerrado; pero no, una luz interior proclamaba que todavía quedaba gente. Empujé la puerta y una campanita sonó.

El local era espacioso y olía a sudor y linimento. El ala derecha estaba ocupada por un pequeño *ring*, vacío, con varias toallas colgadas de las cuerdas. Más allá había unas espalderas y unas paralelas. En el ala contraria había una zona dedicada a las pesas, un «saco» de entrenamiento y de la pared colgaban varias cuerdas para saltar.

—No se ve un alma —musitó ella.

Una puerta del fondo se abrió y apareció un hombre de complexión pícnica, en camiseta y calzones cortos. Tenía el rostro algo congestionado.

Ann Marvin fue quien se identificó. El hombre declaró por ser el encargado del gimnasio.

—Buena me la han jugado esos pillos —exclamó al saber quiénes nos interesaban—. Elmer Caldwell se presentó esta mañana solo. Dijo que su compañero se encontraba enfermo. Luego, por la tarde, apareció un chico joven, alto, delgado, moreno, y habló con él. Elmer se mostró muy nervioso y prácticamente le echó de aquí. Poco después se excusó con unos fuertes dolores de vientre y se largó con viento fresco. Cuando venga por aquí McCoy voy a dar un informe que ya, ya...

CAPÍTULO VI

—¿McCoy? —preguntó ella.

—Es el oficial de Libertad Vigilada a cuyo cargo están los dos. Conozco a McCoy de hace tiempo. He dado empleo a muchos ex presidiarios... ¡Menudo día llevo! ¡Me he pasado la tarde prácticamente solo, con todo el trabajo!

El encargado del gimnasio no hacía más que protestar. Estaba realmente enfadado. Había prometido a su mujer que esa noche se irían a cenar fuera, a un restaurante, y todavía continuaba allí, arreglando las cosas, sin nadie que le echara una mano. Pero a nosotros nos interesaban otras cosas.

—No puedo dar una opinión sobre esos dos —repuso—. Apenas los conozco. Sólo llevan unos días de trabajo, a mis órdenes. Por ahora cumplían y no rechistaban. En cambio, hoy, de pronto, el uno se pone enfermo desde primeras horas y el otro por la tarde...

—Justo tras la visita del muchacho ese que nos describió —puntualicé yo.

—Sí, señor.

—¿Durante estos días recibieron otras visitas, les vio hablar con alguien más?

—Sólo con Ed McCoy.

—¿No nombraron ninguna amistad, algo en particular?

El hombre afoscó el gesto.

—Pero ¿a qué viene esto? ¿Ha sucedido algo grave?

Miré a Ann Marvin. Ella se humedeció los labios con la lengua y se lo explicó:

—Elmer Caldwell ha aparecido asesinado. No hay rastros de Pat Robinson. Y el muchacho que usted nos ha descrito coincide con el que visitó a Elmer en su casa esta tarde.

Fueron demasiadas noticias para él. Se quedó mudo de asombro. Reaccionó pasándose una mano por sus cabellos castaños, al tiempo que exclamaba:

—¡Vaya!

—Si Pat Robinson estaba enfermo —dije—, se supone que debía estar en casa. Ahora no está, evidentemente. Tal vez fuera testigo de lo ocurrido. ¿No sabe qué lugares frecuentan?

—Lamento no poder ayudarles, pero apenas sé de ellos. Será mejor que se entrevisten con McCoy.

Ése era ya el pensamiento de la mujer policía. Se despidió del hombre, no sin antes tomar nota de su nombre y dirección por si acaso fuera preciso recurrir de nuevo a él, e inició el camino hacia la salida.

Fui tras ella, montamos en mi coche y nos dirigimos al Police Department. McCoy, desde luego, no estaba allí. Nos facilitaron su dirección.

Durante el trayecto apenas cruzamos palabra. No había mucho que decir, todo estaba en el alero, y era tonto gastar saliva en un sinfín de teorías posibles.

Edward McCoy no vivía lejos de Vernon, frente al Ross Snyder Playground. Era un moderno edificio de apartamentos, con garaje propio y conserje de noche.

Nos llevamos un gran chasco.

—El señor McCoy todavía no ha regresado a casa —nos dijo el conserje, un hombre de mediana edad, carirredondo—. Llevamos un control de quiénes entran y salen; así está estipulado por la Junta de Vecinos. Según las anotaciones de mi compañero, el señor McCoy salió esta mañana a las once y aún no ha vuelto.

Era extraño, ése fue el comentario que ambos nos hicimos de nuevo en el auto. Ann Marvin decidió que la devolviera al lugar del crimen y yo respiré un tanto aliviado, ya que así podría hacer un par de cosas solo, sin su presencia... oficial. Por supuesto, su otra presencia, la física, la femenina, me agradaba.

—¿Qué piensa hacer? —me preguntó antes de bajarse del coche. Me miraba fijamente.

—Seguir con mi trabajo: intentar localizar a Amos Caldwell.

—Si da con él, ¿me avisará?

La pregunta quedó flotando durante unos instantes en el interior

del auto.

—Trabajo para mi cliente —respondí—. Veremos.

—También su deber es colaborar con la policía. Éste es un serio asunto.

—No lo pongo en duda —repliqué—. Por eso creo que debo andar con pies de plomo. Entregarles a Amos Caldwell de buenas a primeras sería resolver muy fácilmente el caso; ustedes le darían de inmediato el carpetazo. Pero hay muchos puntos secundarios oscuros...

—Parece que no tiene muy buen concepto de la policía.

—Ni bueno ni malo. Es una maquinaria más del sistema. Con eso está dicho todo.

—Ya veo.

—Lo cual no significa que no crea en su honestidad profesional.

—Gracias. Si va a seguir en el asunto, me gustaría tener una de sus tarjetas.

—¿Para qué? —le pregunté al tiempo que echaba mano de mi billetera y extraía una.

Ella la tomó.

—Imagino que usted es de los desmemoriados. Yo me encargaré de recordarle que la policía también cuenta. Tengo interés en conocer sus pasos.

—No pensaba dejarla de lado.

—Por si acaso —dijo, guardando la tarjeta en su bolso.

—Bien. Ya tendré noticias tuyas —sonreí.

—Nos volveremos a ver —vaticinó.

—Será un placer.

—Eso ya no se lo puedo asegurar, señor Douglas. Por cierto...

—¿Qué?

—No me dijo el nombre de su cliente.

—Eso es secreto profesional.

—¿No tiene nada que ver con la familia Caldwell?

—No.

Ella vaciló unos instantes, encanutando los labios. Luego, por fin, se decidió a dejarme en paz.

—Gracias por su paseo en coche.

—No hay de qué.

La vi alejarse hacia el edificio donde se había cometido el

asesinato. A pesar de las horas de la noche, se había reunido un buen número de curiosos en el portal. La gente le abrió paso como si fuera una diosa.

Arranqué, doblé la primera esquina a la derecha y detuve el coche en cuanto vi una cabina telefónica. Desde allí llamé a mi cliente.

Se puso al aparato la ronca voz de mujer:

—Dígame...

—La señorita Preston, por favor.

Hubo un momento de silencio.

—¿Quién habla? —me preguntó.

—Un amigo.

—Eso no es suficiente. Usted ha llamado al menos en otra ocasión hoy, ¿verdad?

—¿A qué viene todo esto? —exclamé, impaciente—. ¿Quién es usted?

—Soy la madre de Debbie.

—Bien. Encantado, señora Preston. Pero yo quisiera hablar con su hija, por favor.

—Aún no me ha dicho su nombre —insistió.

—Stuart —respondí.

—¿Stuart Douglas, detective privado? —inquirió, tomándome por sorpresa.

—Sí.

—¿Trabaja para mi hija?

Consideré que ya debía saberlo y que sólo querría cerciorarse, así que le dije también que sí.

—Bien, señor Douglas. Espero que usted pueda indicarme dónde está mi hija. Hace media hora se largó de casa como un huracán, sin dar explicaciones.

CAPÍTULO VII

La casa de los Preston era una lujosa mansión situada en el Lincoln Boulevard, al oeste de Santa Mónica. No destacaba en demasía gracias a que se encontraba entre otras muchas similares en aquella zona residencial.

Tenían mayordomo, un hombre alto, de rostro grave, que me condujo por anchos y espléndidos corredores, maravillosamente decorados, hasta alcanzar un amplio salón que más bien parecía un museo. Desde luego hubiera necesitado una hora larga para hacerme cargo de todo cuanto había allí.

Pero lo más interesante era el matrimonio Preston. El se encontraba sentado en un sillón, fumando silenciosamente un cigarrillo. Ella, en cambio, se hallaba de pie, las manos entrelazadas, reflejando cierto nerviosismo.

Adam Preston se levantó para saludarme. Era un hombre cincuentón, sin ningún rasgo especial. Su apariencia vulgar la envolvía en un costoso y bien cortado traje de chaqueta, habiéndola perfumado con una colonia de cuarenta dólares. No parecía excesivamente preocupado.

—¿Quiere fumar? —me ofreció.

Rehusé, fijándome seguidamente en la mujer. Era alta, más que su esposo, y bien proporcionada. Una Deborah Preston hecha ya mujer, completamente madura. Era muy aventurado calcularle una edad: podía tener cuarenta o cuarenta y ocho años, todo era posible. Su pronunciado escote mostraba buena parte de unos pechos todavía hermosos. Al estrechar su mano observé que la tenía casi helada.

Ella fue la que me ofreció asiento en el largo sofá que había frente a la chimenea. Enseguida me di cuenta que era ella quien

llevaba la voz cantante, cuando se sentó a mi lado, casi rozándose nuestras piernas, y que su esposo no era más que un sujeto pasivo que sólo escuchaba y fumaba.

—¿Cómo supo de mí? —pregunté. Era algo que me intrigaba desde nuestra conversación telefónica. Imposible que mi cliente hubiera hablado.

—Estaba un poco mosqueada por sus llamadas, Debbie me dio respuestas evasivas. Luego, cuando se marchó sin decir nada, me quedé hondamente preocupada y subí a su cuarto —hizo una pausa—. Lo registré. Fue entonces cuando encontré este recorte de periódico.

Era un anuncio ofreciendo mis servicios.

—Cuando usted me dijo que se llamaba Stuart, sumé dos y dos. Cabeceé, asintiendo.

—Bien —exclamó—. ¿Dónde está mi hija?

—No lo sé —respondí al momento.

Sus pupilas centellearon.

—No me mienta.

—No le miento.

—Usted la llamó y ella se marchó.

Fruncí el ceño.

—Veamos... —dije—. La última vez que llamé usted me dijo que hacía media hora que su hija se había marchado.

—Así es.

—¿Fue cuando yo llamé?

—Sí.

—Se equivoca. Esa llamada no la hice yo.

—Usted ha llamado cuatro veces a esta casa.

—Tres —le corregí.

La señora Preston calló.

—La tercera llamada que provocó la marcha de su hija no la hice yo —agregué—. Si yo sabía dónde estaba ella, ¿para qué llamar la cuarta vez?

—Creo que el señor Douglas está diciendo la verdad, Helen —intervino por primera vez en la conversación su esposo—. Es bastante lógico lo que dice.

Le dirigí una mirada de agradecimiento. El se limitó a apagar el cigarrillo en un cenicero cercano.

—Pero usted trabaja para mi hija —dijo la mujer.

—En efecto.

—¿Y para qué le ha contratado?

—Eso no se lo puedo decir sin permiso de ella. Es absolutamente confidencial.

—¡Yo soy su madre! —exclamó con cierta irritación.

—Lo siento, señora Preston.

—¡Quiero saber en qué líos anda metida Debbie!

—Su hija, hasta el momento, no se encuentra metida en ningún lío —la tranquilicé.

—¿Y esa llamada? ¿Quién la telefoneó? ¿Adónde fue? ¿Por qué no nos dio ninguna explicación?

—Eso ya es algo más preocupante —reconocí. Tenía alguna idea pero no iba a exponerla allí. Eso sería tanto como desvelar el asunto.

La mujer clavó sus ojos en mí, duramente.

—¿Cuánto? —preguntó.

Parpadeé, haciéndome el despistado.

—No la entiendo.

—Estoy hablándole de dinero —aclaró—. ¿Cuánto quiere por contarnos lo que pasa?

—Se equivoca conmigo, señora Preston. No soy un tipo de los que se venden. Mantengo una cierta ética profesional. ¿No sabe usted lo que es eso?

Mi respuesta le hizo daño. Lo noté en la crispación de su boca.

—Helen, por favor —dejó oír por segunda vez su voz Adam Preston.

—Está bien —exclamó ella, pero sin dar su brazo a torcer—. Digamos que contrato sus servicios.

—Lo lamento, pero no admito dos casos a la vez. No soy un desesperado del trabajo y del dinero.

—¿Es que no lo comprende? —Aumentó su irritación—. ¡Quiero saber de mi hija! ¡Tengo derecho!

La respuesta llegó del lado del marido, sentado imperturbable a nuestra derecha.

—Debbie ya no es ninguna niña, Helen. Sabe cuidarse perfectamente. Confía en ella. Además, nada del otro mundo ha sucedido para que nos alarmemos. Se fue de casa sin decir nada a

unas horas un tanto anormales, cierto, pero no creo que eso sea para poner ya el grito en el cielo.

Ella se revolvió furiosa.

—¡Eres un tranquilo! —le espetó—. ¡Parece como si no fuera tu hija!

Con toda seguridad, si yo hubiera contado lo que sabía, el señor Preston habría cambiado de opinión, dándole toda la razón a su esposa.

—No quiero que discutan por mi culpa —tercié, intentando calmar el ambiente—. Deseo que usted, señora, comprenda mi posición. Nada más. Prometo que si su hija se encuentra en algún problema, la ayudaré. Además, es mi deber, como cliente mío que es.

Me miró con ojos que chispeaban rabia.

—No le he dicho que viniera para nada.

—Ni yo he venido para nada. Pero ya observo que ustedes no saben nada del paradero de su hija, tampoco quién fue la persona que la llamó.

—¿Usted tiene alguna idea?

No tenía ganas de continuar la discusión, así que le aguanté la mirada y mentí con aplomo:

—No.

—¿No tendrá relación con el asunto que le ha encargado?

—Eso ya lo investigaré. De todas formas, a lo mejor nos estamos preocupando por nada. Su hija puede aparecer en cualquier momento.

Me puse en pie.

—¿Se marcha? —preguntó ella.

—Sí. Nada tengo que hacer aquí. Creo que lo hemos hablado todo. En todo caso, volveré a telefonar dentro de una hora o así, para ver si su hija ha vuelto.

—Le acompañaré hasta la puerta.

Me despedí del hombre de la casa, el cual me dedicó una sonrisa y se dispuso a encender un nuevo pitillo. Luego, fui tras los andares cadenciosos de la mujer.

Al llegar al vestíbulo, ella se colocó delante de la puerta, encarándome, y preguntó:

—¿Se trata de Amos Caldwell?

No esperaba algo así. Balbuceé:

—¿Cómo?

—Lo sé todo, señor Douglas —sonrió, satisfecha. Ahora la vi más serena. Parecía estar segura del camino que en esos momentos pisaba—. Sé que mi hija tiene relaciones con un muchacho llamado Amos Caldwell.

—No lo sabía.

—Miente usted muy mal.

En eso tenía razón.

—Hace tiempo que observé el comportamiento un tanto extraño de mi hija —agregó—, y contraté a un colega suyo para que la vigilara. El me pasó un amplio informe. Así supe de ese chico... El hijo de una de las secretarias de nuestras oficinas...

Lo dijo con un tono despectivo, y entonces comprendí mejor a mi cliente.

—Apuesto a que se trata de eso —continuó diciendo—. Tuve esa sospecha durante nuestra conversación en el salón, cuando usted negó lo de la tercera llamada, pero no quise decir nada por mi marido.

—¿El no lo sabe?

—No. Si él lo supiera ya habría puesto de patitas en la calle a la madre del chico y cortado drásticamente las relaciones de Debbie y él. No se confíe por ese aire despreocupado de Adam. Tiene su orgullo. Los Preston siempre han rayado a gran altura en esta parte del Estado.

—¿Y usted por qué no ha actuado de esa manera? También es una Preston.

—Quería comprobar si se trataba de un capricho de Debbie, o de una idea avispada del muchacho, o... o realmente amor. Si actuara precipitadamente y fuera eso último, nunca me lo perdonaría. En el fondo, soy una sentimental.

—Quién lo diría —sonreí.

—Me interesa mucho el bien de mi hija, deseo que sea feliz. ¿Me va comprendiendo ya mejor, señor Douglas?

—Un poco.

—¿Quiere ahora decirme de qué va el asunto?

—Lamento parecer un grosero, pero... no puedo.

—¿Es ésa su respuesta definitiva?

—Sí.

El pecho de ella se embraveció. De nuevo la furia asomó a sus bellas pupilas. Permaneció pegada a la puerta, tragando mi desaire.

Dijo al fin:

—Si antes de las doce de la noche no aparece mi hija, presentaré una denuncia contra ese chico.

—Es usted muy libre de hacer lo que quiera. ¿Me permite salir?

No se movía, así que alargué una mano y la tomé por un brazo, retirándola, sin que ofreciera mucha resistencia. Luego, abrí la puerta. Abandoné aquella lujosa casa sin volver un solo momento la vista atrás.

Más tarde, ya en el coche, mientras buscaba en mi agenda la dirección de Amos Caldwell, me dije que los Preston formaban una curiosa familia. Un hombre que aparentemente solo se preocupaba de mantener alto el pabellón de los Preston, tanto a nivel económico como social, y una mujer que demostraba excesivo interés por su hija y su felicidad; una sentimental, como ella se había definido.

Encontré la dirección y allí me dirigí, no sin antes hacer un alto en un *snack*-bar para tomar un bocado. La madre de Amos Caldwell podía tener valiosa información sobre este asunto, tanto como sobre su ya difunto esposo como sobre su hijo.

Vivía en una modesta casita en la 22nd Street, a la altura de su cruce con Marguerite. Cuando detuve el coche frente a ella, escuché dos disparos.

CAPÍTULO VIII

Me precipité rápidamente al interior, tocando el timbre y golpeando con un puño la puerta. El presagio de una tragedia invadía mi mente; en aquellos momentos no pensaba el peligro que podía correr al dar la cara de esta forma. Como tardaban, a punto estuve de derribar la puerta.

Un hombre la abrió. Era un sujeto delgado, de mediana estatura y piel cetrina. Tenía unos ojos oscuros penetrantes, protegidos por unas espesas pestañas negras, y sus facciones eran algo huesudas. Calculé que su edad sería unos cuarenta y cinco años, más o menos. Pero lo más llamativo en él era el revólver humeante que empuñaba.

—¿Quién es usted? —masculló, apuntándome a la cabeza. Parecía muy sereno, al menos su diestra empuñaba el arma con mucha firmeza.

—Me llamo Stuart Douglas —respondí—. ¿Qué ha sucedido aquí?

—Eso no me dice nada —hizo caso omiso de mi pregunta.

—Deseo hablar con la señora Caldwell. Soy detective privado. ¿Puedo saber ya lo que ha sucedido en esta casa?

Se hizo a un lado, dejándome pasar. Cerró la puerta y me indicó que caminara. En ningún momento dejó de apuntarme con el revólver.

En el comedor encontré un trágico cuadro. Una mujer se hallaba tirada sobre una butaca, llorando desconsoladamente, el rostro oculto entre sus manos. No muy lejos de ella, tumbado grotescamente sobre una alfombra, yacía un hombre de aspecto corpulento. Me acerqué a él sin que el tipo armado se opusiera y con la ayuda del pie le dejé mirando al techo. Desde luego, ya no le

molestaba la luz de la gran araña central que iluminaba la pieza. En el pecho mostraba dos botones escarlata. Era un hombre ya mayor, próximo a los sesenta años, de escaso cabello, todo él cano, nariz achata da como la de un boxeador y mandíbula cuadrada. Una pistola automática descansaba también sobre la alfombra, a escasas pulgadas de él.

—¿Quién es? —pregunté, puesto que no le conocía.

El hombre armado se encogió de hombros.

—¿Ella es la señora Caldwell? —Indiqué a la mujer que no parecía haberse dado cuenta de mi presencia allí.

—Sí.

—Aún no sé su nombre.

—Lionel Porter.

También me era desconocido.

—¿Y qué ha pasado aquí?

—Primero me gustaría saber qué pinta usted en esta casa.

—Ya le dije que venía a hablar con la señora Caldwell.

—¿De qué?

El tipo aquel mantenía una postura imperturbable, como si fuera un pistolero.

—De su hijo Amos.

El nombre cortó en seco el llanto de la mujer. Levantó el rostro y me miró. Era una señora de cuarenta y pico años todavía atractiva, a pesar de sus cabellos desgredados, sus ojos enrojecidos y las diversas contusiones que presentaba en su faz. Daba la impresión de que había sido golpeada, maltratada.

—¿Qué ocurre con Amos? ¿Qué sabe usted de él? ¿Por dónde anda?

De pronto había olvidado el cuadro dantesco que la rodeaba y se imponía sobre todas las cosas la madre.

—Eso es lo que mucha gente quiere saber, señora Caldwell. Dónde está su hijo.

—Ya debería haber venido a casa. Estoy muy preocupada por él... ¿Qué tiene usted que ver con Amos? ¿Por qué se interesa por él?

—Sería largo de contar y supongo que tendremos tiempo para comentarlo. Ahora... ahora, lo importante es esto —señalé el cadáver.

—¡Oh! —Pareció darse cuenta al mirarlo y de nuevo rompió a llorar.

Me encaré al sujeto del revólver.

—Habrá que llamar a la policía —dije—, caso de que me encuentre entre personas honradas y no me haya metido en medio de un sucio asunto.

—Por supuesto que no —los labios de Lionel Porter se distendieron en una fría sonrisa—. Aquí no se oculta nada. Precisamente iba a telefonar a la policía cuando usted comenzó a llamar de una forma insistente.

—Muy bien.

Sin preocuparme de su revólver, comencé a caminar hacia el aparato telefónico. Ni me dio el alto ni me disparó. Descolgué el auricular y marqué el
625-3311

, el número de la policía que me sabía de memoria. Rogué que se le pasara aviso a la sargento detective Ann Marvin, de la Brigada de Homicidios. Presentía que todo esto tenía relación.

Cuando colgué, el tal Lionel Porter ya se había guardado su revólver. Eso significaba que había dejado de desconfiar. Se encontraba junto a la mujer, tratando de tranquilizarla.

—Creo que podemos empezar a aclarar algunos puntos, mientras viene la policía —dije.

Lionel Porter tomó asiento sobre el brazo de la butaca y rodeó con un brazo a la patética mujer.

—¿Qué ha sucedido aquí? —insistí una vez más.

—Fue algo muy simple y rápido —me explicó el hombre, sin dejar de acariciar a la dueña de la casa—. Cuando llegué, oí gritar a Audrey. Entré aquí y vi cómo el hombre la golpeaba salvajemente. Le dije que la dejara. La soltó, sí, pero para poder manejar su pistola con mayor facilidad. Ya la tenía empuñada en la diestra. Pero yo fui más rápido.

Le miré con mayor detenimiento.

—Así que es usted un hombre hábil con el revólver...

—Lo tengo que ser.

—¿Por qué?

—Por mi profesión. Soy jefe de seguridad del complejo industrial Preston.

No dije nada de momento, meditando aquella respuesta. No salía del círculo Preston-Caldwell.

—Tengo entendido que la señora Caldwell también trabaja para Preston...

—Así es.

—¿Y cómo entró usted sin que le abrieran?

—Tengo llave.

—¿Usted y ella...?

—Mantenemos relaciones, sí —reconoció sin ninguna emoción

—. No hay nada que lo impida, ¿verdad?

—Ahora menos que nunca —le repliqué—. Elmer Caldwell fue asesinado hace unas horas.

Ella respingó. Lionel Porter continuó impasible.

—¿Elmer... muerto? —balbució la dueña de la casa.

—En efecto, señora —asentí también con la cabeza—. Alguien le partió el cráneo. Y, desgraciadamente, su hijo Amos es el principal sospechoso.

Palideció aún más de lo que estaba, buscando cobijo en el hombre.

—Al parecer —proseguí—, su hijo encontró el rastro de su padre y fue a buscarle. Hay testigos. Salió corriendo del apartamento que tenía alquilado Elmer Caldwell junto con otro compañero.

—¿Otro compañero? —inquirió Lionel Porter, mirando pensativamente al muerto.

—Un tal Pat Robinson —le aclaré—. No eran trigo limpio. Cometieron un robo y fueron a chirona. Ahora se encontraban bajo libertad vigilada. Este Robinson también ha desaparecido, igual que Amos.

—¿No pudiera ser él? —señaló el cadáver Lionel Porter.

—¿No lo registró?

—No tuve tiempo.

—Veamos...

No me fue difícil encontrarle la cartera. La llevaba en el bolsillo interior de la chaqueta. Me llevé una gran sorpresa. No se trataba de Pat Robinson, sino de Edward McCoy, el oficial de policía bajo cuya vigilancia se encontraban Caldwell y Robinson.

CAPÍTULO IX

Cuando Ann Marvin llegó a la casa, el ambiente que se respiraba allí era mucho más tenso. Tras conocerse la identidad del muerto, Lionel Porter había perdido parte de su impasibilidad, mostrándose hosco y ceñudo. No era lo mismo matar a un ex presidiario que a un policía.

—Nos volvemos a ver demasiado pronto —le comenté.

—Usted no me dijo que conocía la dirección de Amos Caldwell —me recriminó.

—Usted no me lo preguntó.

—Ya veo sus ganas de colaborar... ¿A qué vino aquí?

—Quería saber de Amos Caldwell.

—¿Su cliente es ella? —me señaló a la madre del muchacho.

—No. Deje ese tema. No se lo voy a decir.

Me dio la espalda y se encaminó hacia la pareja. El forense y los peritos habían venido con ella desde el apartamento de Elmer Caldwell y Pat Robinson. Yo no me preocupé por su trabajo y me acerqué para escuchar la conversación.

Lionel Porter había comenzado a explicar lo mismo de minutos antes. Luego, la mujer policía se dirigió a la propietaria de la casa.

—Señora Caldwell, cuénteme ahora usted cómo sucedieron los hechos, por favor...

Audrey Caldwell, a la que gustaba llamaran Cummings, según palabras de mi cliente que no sé por qué vinieron entonces a la cabeza, bebía a pequeños sorbos un combinado que le había preparado su amigo Lionel Porter. Dejó en manos de éste el vaso y decidióse a hablar:

—Yo me hallaba muy preocupada por mi hijo, pues ya se había hecho la hora de la cena y no aparecía. Una amiga suya telefoneó

preguntando por él y no pude darle cumplida respuesta. Era extraña su tardanza. Cuando va a retrasarse, siempre se acuerda de llamarme y avisarme. De pronto, alguien tocó el timbre de la puerta. Pensé enseguida que sería Amos y me precipité a abrir. Estaba tan alterada que no caí en la cuenta que lo lógico era que Amos abriera con llave. Quedé encarada a... a ese hombre —señaló el cadáver con cierta aprensión. Éste estaba siendo ahora observado por el forense, un hombre menudo, con cara de cuervo, mientras los peritos tomaban notas de la situación del cadáver, sus objetos personales, etc.—. Me empujó hacia dentro y cerró la puerta. Yo protesté y él me enseñó la pistola. Luego...

—Luego, ¿qué, señora Caldwell? —preguntó Ann Marvin.

Tomó de nuevo el vaso y bebió ahora un largo trago. El color volvía por momentos a su rostro.

—Bueno —dijo, con voz insegura—, vinimos aquí. El... él comenzó a., a hacerme preguntas...

—¿Qué le preguntó?

—Pues... sobre el padre de Amos... Sí, sobre él y yo... Si no nos habíamos vuelto a ver, si yo no sabía su paradero..., todo eso. Mis respuestas no le satisfacían y empezó a golpearme furiosamente. Entonces... entonces apareció Lionel, le llamó la atención y... y ese hombre intentó dispararle. Lionel fue mucho más veloz y... y todo terminó. ¡Oh, fue espantoso, sólo recordarlo me da escalofríos! Más tarde, más tarde, apareció él.

Con la mano que empuñaba el vaso me señaló. Ann Marvin no me miró; continuó hablando con la dueña de la casa.

—¿Eso fue todo, señora Caldwell? ¿No recuerda ningún detalle más?

Meneó la cabeza de un lado a otro, negativamente. Después apuró el contenido del vaso. Lionel Porter lo recogió vacío y, a ruego de ella, llenó de nuevo.

—Bien —exclamó Ann Marvin—. Tengo malas noticias para usted, señora. Elmer Caldwell ha sido asesinado esta tarde...

—Lo sé —asintió con pesadez—. Y mi hijo es uno de los sospechosos.

Ahora sí me miró Ann Marvin. Yo le sonreí.

—Quisiera que me hablara de Elmer Caldwell, señora —dijo la sargento detective cuando volvió a encararla.

—No hay mucho que contar. Me casé con él allá en Pasadena, donde vivía con mis padres. Al poco tiempo, cuando ya había tenido el hijo, me di cuenta de mi error. No era buen hombre. Discutíamos con mucha frecuencia, no nos entendíamos. Finalmente él nos abandonó.

—¿No se divorciaron? —intervine por primera vez en la conversación, recordando las palabras de mi cliente.

—No. Nos casamos por la Iglesia Católica. Mi familia siempre fue muy religiosa.

—¿Y no presentó denuncia contra él, por abandono de hogar, teniendo un hijo a quien alimentar? —Seguí preguntando.

—No. No quería saber nada de él. Yo ya trabajaba como secretaria en las oficinas de la «Continental», de las que mi padre era el cajero. Yo quería al niño y podía mantenerlo perfectamente. ¡Al diablo se fuera!

—Si todas las mujeres fueran como usted —musité.

—¿Y no volvió a saber de él? —preguntó Ann Marvin.

—No. En absoluto. No me preocupé nunca más de él. Y él jamás se acercó a nosotros.

—¿Nunca se interesó por su hijo? —inquirí yo.

—No.

—¿Y su hijo qué pensaba de todo esto? —preguntó Ann Marvin.

—Al principio no se dio cuenta de lo sucedido; era muy pequeño. Luego, cuando se hizo mayor, le di toda clase de explicaciones. Muchas veces me comentó que... que le gustaría ver a su padre para..., para pedirle razones por su conducta. Yo se lo quite de la cabeza.

—No del todo —tercié de nuevo—. El continuaba con esa manía y al fin lo consiguió.

—Por lo que me ha contado antes el señor Porter, usted trabaja con Preston —volvió a tomar la palabra Ann Marvin—. ¿Por qué cambió de trabajo?

—Nosotros siempre vivimos en Pasadena, señorita. Todavía sigue viviendo allí mi padre, en la vieja casa. La «Continental» no es una gran empresa, yo quería progresar, al menos económicamente. Me presenté al puesto que ofrecía la «Preston» y lo conseguí, entonces nos trasladamos. Mi padre quiso permanecer en Pasadena, allí vive retirado, ya jubilado. Mi madre murió hace ya más de diez

años...

Lionel Porter tardó más de lo normal porque se entretuvo en preparar otro combinado para él. Audrey Caldwell bebió con ansiedad, como si acabara de salir de un desierto. La breve pausa la interrumpió la mujer policía:

—Bien. Volvamos al muerto. ¿Usted no lo conocía de nada, señora Caldwell?

—No.

—¿Está segura?

—Sí, sí.

—¿Y usted, señor Porter?

—Nunca en mi vida lo había visto.

—Usted, señora Caldwell, ¿sabe dónde está su hijo?

—No.

—¿Ni dónde puede estar?

La vi vacilar, pero al final negó una vez más.

—¿Usted conoce al chico, señor Porter?

—Sí.

—¿Tampoco sabe nada de él?

—No. Lo lamento.

Ann Marvin se mordió el labio inferior, contrariada.

—Todo esto es muy extraño —murmuró.

—Se rompe un poco su teoría, ¿eh? —dejé escapar un comentario de tono burlón, cuando abandonó a la pareja y se aproximaba al forense—. Si Amos Caldwell buscaba a su padre y en un momento de ofuscación lo mató, huyendo espantado a continuación para esconderse no sabemos dónde..., ¿por qué ha desaparecido también Pat Robinson? ¿Qué pretendía exactamente Edward McCoy? Debe haber algo más en todo este asunto, no le parece, señorita Marvin.

No me dio su opinión. Le preguntó al forense:

—¿Murió instantáneamente, Peck?

—Sí. Las balas eran mortales de necesidad. Un gran tirador, ese fulano.

Luego se dirigió a los peritos.

—Quiero que se compruebe rápidamente si algunas de las huellas tomadas en el apartamento de Caldwell coinciden con las de este hombre.

—Así, pues, ya no es tan seguro que el asesino de Elmer Caldwell fuera su hijo —dije.

Ella me encaró, espetándome:

—Cállese. Parece un moscardón.

Me dejó un tanto cortado, de momento. Ann Marvin se paseó por la sala, reflexionando.

—¿Puedo irme? —le pregunté, acercándome prudentemente, no fuera a reaccionar en esta ocasión con violencia.

—¿Adónde piensa ir?

—¿No me ha dicho que me calle?

—Es usted un hombre muy inquieto.

—Celebro que le guste algo de mí.

—No lo decía en tono admirativo.

—Oh —me hice el desilusionado.

Los camilleros de una ambulancia recién llegada hicieron acto de presencia en ese momento. Ella ni les prestó atención. Sus hermosos ojos me escrutaban, produciéndome cierto desasosiego.

—Será mejor que vayamos juntos —dijo al fin.

—¿Cómo? —me sorprendí.

—Es una tontería que cada uno vaya por su lado. Los dos hemos pensado lo mismo.

—¿Está segura...? Yo pensaba irme a la cama... —bromeé—. ¿Tan rápidas van nuestras relaciones?

Hizo caso omiso de mi chistecito barato. Con una firme y decidida voz, dijo:

—El abuelo. ¿Vamos en su coche o en el mío?

CAPÍTULO X

Fuimos en mi auto. Harvey Cummings vivía al oeste del Sierra Madre Boulevard, no muy lejos del Victory Park. La calle tenía un bonito nombre español: Paloma.

Audrey Caldwell nos había facilitado la dirección, quedándose junto a Lionel Porter, quien no cesaba de consolarla, sobre todo a base de combinados. Aceptó de mala gana que tal vez Amos hubiera recurrido a su abuelo para buscar refugio. Era evidente que ella ya lo había pensado, pero no había querido decirlo de buenas a primeras.

—No le hagan nada a mi hijo —fue lo último que nos dijo con cierto patetismo.

Se trataba de una vieja casita poco cuidada, de verja de hierro oxidado y un pequeño jardín florecido. Estaba toda ella a oscuras, sólo iluminada por las farolas de la calle y la luna llena que lucía en el cielo tachonado de rutilantes estrellas. Era una bella noche, con excelente tiempo, más propia para otras cosas que las que estábamos haciendo.

La verja no ofrecía ningún obstáculo. Se podía abrir desde fuera. Ante la puerta de entrada a la casita, fui yo quien pulsó el botón del timbre.

Pasaron más de dos minutos antes de que nos abrieran. Lo hizo un hombre algo encorvado, de pelo canoso y piel apergaminada. Había encendido la luz del recibidor, la cual le daba un colorido mucho más amarillento. Sus ojos, bordeados de gruesas bolsas, nos miraron con pesadez.

—Buenas noches —saludó Ann Marvin—. Lamentamos molestarle a estas horas, señor Cummings.

—¿Quiénes son ustedes? —preguntó con voz cascada.

Los dos nos identificamos. El viejo pareció espabilarse un poco más.

—Pasen.

Nos franqueó el paso, cerrando la puerta tras nosotros. Vestía un albornoz de color azul, desvaído y calzaba unas babuchas que arrastraba como un preso sus cadenas. Por el camino fue encendiendo luces hasta llegar a un acogedor *living*, bien decorado, amueblado con gusto, que le hacía cambiar a uno su opinión tras haber visto la fachada exterior de la casita.

—¿Ocurre algo malo? —preguntó, una vez nos acomodamos todos. El escogió la única mecedora de la estancia, poniendo los pies sobre una banqueta que tenía ya colocada a la distancia ideal.

Ann Marvin y yo intercambiamos una mirada. Finalmente tomó ella la palabra:

—Su nieto Amos está metido en problemas, señor Cummings.

—¿Amos? ¿Qué pasa con Amos? —El viejo mostró un interés plagado de ansiedad.

—Es difícil de explicar todo lo que ha sucedido hoy, señor Cummings. En breves palabras...

Ann Marvin le dio cumplida cuenta de todo, en un relato veraz y conciso. El abuelo de Amos escuchó atentamente, con gesto que poco a poco iba tornándose más grave. Cuando ella finalizó, permaneció en silencio, como asimilando todo cuanto sus oídos habían captado.

—¿Dónde está Amos? —inquirió.

Apenas hice caso de su pregunta. Observé que sus oscuros ojos reflejaban un gran dolor, como si todo aquello le hubiera envejecido aún más. Sumiéndole en una especie de enfermedad incurable. La respuesta de Ann Marvin le provocó un mayor abatimiento.

—Eso hemos venido a preguntarle, señor Cummings. Pensamos que tal vez hubiera buscado refugio aquí...

—Oh —fue lo único que dijo.

—¿No ha sabido nada de él?

Tardó en responder, parecía estar aún pensando en el relato de Ann Marvin.

—No, señorita. Desde el otro fin de semana que no sé nada de él.

—¿El otro fin de semana?

—Estuvo aquí, conmigo. Nos fuimos a pescar juntos. Lo pasamos bien...

Había mucha nostalgia en sus palabras, como si ya eso no pudiera volver a ocurrir. De pronto, exclamó:

—¡No puede ser que Amos haya matado a su padre!

Puso en estas palabras todo su coraje, meneando la cabeza de un lado a otro.

—¿Desde que Elmer Caldwell se fue de aquí no ha vuelto a saber nada de él? —pregunté yo.

—No.

—¿Qué recuerda de él?

—Era un joven muy simpático y agradable, al menos en su primera época, cuando se instaló en esta zona.

—¿No era de aquí? —Ahora era yo quien llevaba el peso de la conversación y Ann escuchaba.

—No. Era de San Francisco. Allí trabajaba en una compañía de seguros, según contó. Al llegar aquí, a Pasadena, se instaló dos casitas más arriba, éramos casi vecinos. Fue así como conoció a Audrey, de verse diariamente, coger a veces el autobús juntos...

—¿De qué trabajaba aquí en Pasadena?

—Era representante de una casa de artículos de limpieza. No le iba mal.

—Y finalmente se casó con su hija.

—En efecto. Yo, desgraciadamente, no, pude acudir a la boda. Vaya si me supo mal.

—¿Por qué?

—Estaba en el hospital.

—Ajá. ¿Una enfermedad?

—No, señor. Estaba curándome de un cuchillazo.

—¿Cómo fue eso? —me interesé.

—Un atraco —se removió en la mecedora para acomodarse mejor—. Yo era cajero de la «Continental», una empresa dedicada al material eléctrico. Una mañana, al traer las nóminas, fui asaltado por dos hombres que se cubrían con medias. Me resistí y uno de ellos me clavó un cuchillo en el costado. Quedé muy malherido y estuve en un tris de morir. Fue por aquella época que Elmer y Audrey decidieron casarse. Mi esposa, la pobre Lauren, sí que fue.

Recuerdo que luego vino muy emocionada a la clínica y durante la noche estuvo contándomelo todo, con pelos y señales. Tan bien que hasta lloré como un chiquillo.

Una lágrima se escapó de su ojo derecho. Rápidamente la limpió con una mano queriendo evitar que nos percatáramos.

—¿Por qué no esperaron a que usted se repusiera?

—Pues... —vaciló un instante, respondiéndome luego con otra pregunta—: ¿No han hablado de esto con Audrey?

—No. Ella estaba muy impresionada. Lo de su esposo, lo de su hijo, lo ocurrido en su casa...

—Entiendo.

—¿Por qué? —insistí.

—Bien —se humedeció los labios con la lengua—. Tanto tiempo ha pasado que no creo que ocurra nada por decirlo. Por otro lado, confío en su discreción.

—Téngalo por seguro.

—Verán... Audrey había quedado embarazada.

Se hizo un breve y tenso silencio en el *living*. Luego el anciano prosiguió diciendo:

—A mi pobre Lauren por poco le da un síncope al saberlo. Menos mal que Elmer Caldwell reconoció ser el padre y no puso ninguna pega. Enseguida se organizó la boda para evitar los chismes del vecindario. Se casaron un día de abril en la iglesia del padre Brown, tres manzanas más arriba de aquí. Audrey estaba bellísima.

De repente se puso en pie, agregando:

—Guardo las fotos con mucho cariño. Se las enseñaré.

Ann y yo nos miramos. Ella se encogió de hombros. Dejamos que el viejo nos las mostrara.

Allí se podía contemplar a un Elmer Caldwell mucho más joven y pulcro, luciendo una ancha sonrisa, llevando del brazo a la novia. Audrey, en cambio, a pesar de la belleza que resplandecía, no aparentaba ser muy feliz. Observé varias tomas y en todas me dio la impresión de que su gesto era forzado, que en sus ojos se podía leer un pesar, una culpa. ¿Acaso porque se casaba embarazada?

—Fíjense, fíjense en mi esposa —insistía una y otra vez el anciano—. ¿Verdad que era hermosa? ¡Cuántas ganas tengo de reunirme con ella!

No devolvió el álbum de fotos a su sitio. Se sentó de nuevo en la mecedora, con él apretado contra su pecho, como si fuera lo máspreciado.

—¿Qué pasó luego, tras la boda? —pregunté yo.

—Todo iba bien, yo salí del hospital, nació el niño... Fue al año cuando empezaron a torcerse las cosas...

—¿Ellos vivían aquí? —le interrumpí.

—No. Ocuparon la casita de Elmer. No era de su propiedad. La tenía alquilada. Cuando Elmer les abandonó, Audrey y el niño la dejaron y se vinieron a vivir con nosotros.

—Así, pues, usted no puede conocer exactamente cómo eran las relaciones entre su hija y Elmer.

—Claro. No. Pero Audrey siempre nos lo contaba todo. Nunca nos mintió. Sé que Elmer comenzó a beber y a convertirse en un tipo grosero. Incluso llegó a golpearla. Finalmente perdió su empleo porque apenas hacía ventas y eso ya lo trastornó. Un día desapareció sin decir nada. Y nunca más volvimos a saber de él... hasta hoy.

—Pero él estaba muy cerca. Al parecer vivía en Los Angeles, Es extraño que nunca se preocupara, al menos, por conocer mejor a su hijo.

—Eso prueba que nos equivocamos con él. No era tan bueno y educado como nos pareció en un principio.

Nos quedamos mudos un instante. Ann Marvin preguntó:

—¿No tiene idea de dónde pueda estar su nieto, señor Cummings?

—No. Y no entiendo qué puede estar sucediendo alrededor nuestro. Estoy hondamente preocupado por lo que me han contado ha sucedido en la casa de mi hija esta noche.

—¿Usted no conoce a nadie llamado Edward McCoy, oficial de policía? —pregunté.

—No, señor.

—¿Tampoco a un tal Pat Robinson?

—No, señor.

—Bien. Creo que eso es todo —exclamé, consultando con la mirada a la mujer policía.

Ella asintió.

—Nos vamos —dijo.

El anciano se levantó sin soltar su álbum de fotos, acompañándonos hasta el pequeño vestíbulo con su lento y costoso caminar.

—Perdone la molestia, señor Cummings —se disculpó Ann Marvin—. Y si supiera algo de su nieto, le ruego nos lo comuniqué. Ann Marvin, sargento detective de la Brigada de Homicidios, no lo olvide.

Por la forma en que la miró (¿se cree usted que le voy a vender a mi nieto?), supo que ya lo había olvidado.

—Buenas noches —dijo.

Y nos fuimos, dejando atrás un pasado que moría poco a poco, en silencio, entre nostálgicos recuerdos.

De nuevo en la carretera, camino de Los Angeles, ella me preguntó:

—¿Qué piensa de todo esto?

—No lo sé, sinceramente. Parece que nos encontremos ante un gran embrollo. Ya se lo comenté antes, el asunto no es tan sencillo como al principio parecía, con la muerte de Elmer Caldwell y la huida de Amos del lugar del crimen.

—Sí —aceptó—. Creo que voy a investigar a fondo las vidas de Elmer Caldwell y Edward McCoy, sobre todo la de este último no será difícil de obtener gracias a que pertenecía al Cuerpo de Policía. Tal vez tenga suerte y saque algo provechoso. Debe existir algún lazo de unión, ¿no le parece?

—Supongo. De todas formas, los crímenes no son mi asunto —le sonreí.

—Ya.

—Usted me lo dijo.

—¿Y qué va a hacer?

—Continuar buscando a Amos Caldwell.

—Si lo encuentra, espero que colabore. Amos Caldwell es un hombre que nos interesa.

—Lo tendré en cuenta. ¿Dónde la dejo?

—En el Departamento de Policía.

Cuando llegamos, antes de bajar del auto, me dijo:

—Seguiremos en contacto.

—Por supuesto. Y espero que la próxima vez sea usted quien me llame.

—Y yo espero que usted deje ya de encontrar cadáveres.

—También he encontrado chicas bonitas.

Enmudeció, desviando la mirada hacia el parabrisas. Se percató de la violencia del momento y reaccionó volviendo a encararme. Se encontró con mi rostro muy cerca del suyo, con mi aliento acariciándola, y respingó, sobresaltada.

—¿Le asustan los hombres? —pregunté, nuestros ojos comportándose como si estuvieran imantados.

—No.

—A mí tampoco las mujeres policías.

No la dejé decir más. Mi boca se estrelló contra la suya, encontrándola al principio pasiva, quieta, indiferente, pero luego, conforme mi caricia se hizo más posesiva, más íntima, toda su pasión brotó con inusitada virulencia, entregándose plenamente.

Al separarnos, nuestras respiraciones estaban totalmente alteradas. Continué besándola por el cuello, en el lóbulo de la oreja... La oí gemir y mi mano se llenó primero con un seno, después con el otro...

Un auto patrulla se detuvo no muy lejos, con fuerte chirrido de frenos y la luz giratoria del techo encendida. Escuchamos voces. Pude ver como entre dos policías uniformados bajaban a golpes a una pareja de jóvenes andrajosamente vestidos que apenas podían tenerse en pie.

Ann pareció volver un momento a la realidad.

—Vámonos de aquí, por favor —susurró, venciéndose sobre el respaldo del asiento—. Mañana será otro día.

Comprendí. Estaba deseándolo tanto o más que ella. Decidimos ir a su apartamento, porque cogía mucho más cerca. Yo vivía en Santa Mónica.

Ella se coló de inmediato en el lavabo y yo me puse a curiosear un poco el lugar. Era un apartamento acogedor, coqueto, en el que se notaba la mano de una mujer. Cuando mis ojos repararon en el aparato telefónico, me acordé de los Preston. Había quedado en llamarles para saber si tenían noticias de Deborah, mi cliente.

Caí en la tentación e hice el telefonazo. La señora Preston estaba mucho más nerviosa, su hija continuaba sin dar señales de vida. La apacigué, rogándole que me diera hasta el mediodía siguiente para tratar de localizar a los jóvenes antes de que presentara una

denuncia en el Precinto más cercano. Dijo que bien y, cuando ya colgaba, apareció Ann.

—¿A quién has llamado? —preguntó.

Parpadeé sorprendido, no por sus palabras, sino por el vaporoso salto de cama que lucía, el cual apenas velaba la rotundidad de sus formas, libres bajo él.

—¿Yo? —balbuceé.

Ella avanzó, alargando sus brazos, pegando su cuerpo al mío. Me miró fijamente.

—¿A quién?

El secreto profesional quedó hecho añicos por culpa de aquel cuerpo palpitante, extraordinariamente hermoso. Supo todo lo que le quedaba por saber. Yo, por mi parte, también salí ganando algo. Mucho, me atrevería a decir. Alcancé unas cotas de frenesí, de placer, como nunca antes recordaba. Finalmente ambos quedamos rendidos en la cama, totalmente satisfechos, tanto en el plano físico como en el profesional.

Por la mañana desayunamos juntos, entre carantoñas, en nuestros ojos todavía brillando la felicidad de los momentos vividos horas antes.

La dejé, ahora sí, en el Police Department, con la idea de documentarse ampliamente sobre los dos muertos. Además, tenía que recoger los informes del forense y del laboratorio, por si hubiera algún detalle llamativo. Quedamos en que la telefonaría al mediodía y posiblemente nos citáramos para almorzar juntos y cambiar impresiones sobre el asunto.

—Nada de secretos entre nosotros, ¿eh, Stuart, cariño? —Me levantó un dedo preventivo.

—Ninguno —asentí, dándole un beso de despedida.

Mi trabajo —ella ya lo sabía— iba a consistir en dar con los jóvenes, para lo cual pensaba volver a entrevistarme con Gregory Latimer, el sustituto de Amos en el «Thorton Club», y algunas amistades de Deborah que supongo no tendría inconveniente en facilitarme su madre. Estaba convencido de que no se encontraban huyendo, solo, con que tuviera un poco de cabeza Amos debía pensar que todos los policías de la ciudad y los de las Patrullas de Caminos tenían su descripción y orden de captura por sospechoso de asesinato. Por tanto, le iba a ser muy difícil salvar el cerco

policial, máxime cuando no era un joven experimentado en esta clase de avatares. Eso me hacía concluir que había llamado a Deborah Preston para esconderse ambos en algún lugar, en mutua compañía. ¿Dónde?

Primeramente pasé por mi oficina, para comprobar si había alguna visita, recado o carta. Y esto fue lo que trastocó mis planes.

Estaba revisando la correspondencia, cuando sonó el teléfono. Lo descolgué y di mi nombre.

—Soy Harvey Cummings, señor Douglas —escuché la carrasposa voz del anciano—. Le llamo de parte de Deborah Preston, la novia de mi nieto. Ellos han estado aquí.

CAPÍTULO XI

—¿Cómo dice? —Casi grité, excitado. Habían llegado perfectamente sus palabras a mi oído, pero quería escucharlo otra vez para convencerme de que era verdad.

—Ellos han estado aquí, señor Douglas —repitió—. Llegaron a mi casa poco después de ustedes marcharse. Les hablé de su visita y Deborah dijo que usted trabajaba para ella, que era de confianza. Yo le hice observar que iba acompañado por una mujer policía, pero al parecer ella confía mucho en usted.

Hizo una pausa y yo le dediqué unas mentales palabras de agradecimiento a mi cliente.

—Le llamó telefónicamente, tanto a su casa como a su oficina, pero en ningún sitio contestaban.

Me maldije.

—Finalmente decidieron que este sitio no era muy seguro, dado que la policía lo conocía, así que decidieron ir a un lugar que la muchacha conoce bien. Ella me dejó el encargo de que siguiera llamando a los dos teléfonos hasta dar con usted. Quiere que se reúna con ellos en su actual escondite.

—¡Estupendo! —exclamé—. ¿Dónde están?

—Con un único ruego —prosiguió el anciano—: no se lo diga a nadie y vaya solo.

—¡Por supuesto!

—Señor Douglas, también quiero decirle una cosa por mi cuenta. Ayude a Amos, me lo ha contado todo, a mi nunca me mentiría, y por tanto ya sé que es inocente. Está muy asustado y temo que cometa una locura...

—Haré todo lo que esté en mis manos, señor Cummings, no se preocupe por eso. Pero ahora dígame ya dónde puedo encontrarlos.

El tiempo corre desesperadamente. ¡Dígamelo!

Lo hizo. Era un lugar al norte de Pasadena, más arriba incluso de Altadena, fuera de casco urbano alguno, dentro ya del Los Angeles National Forest. Una zona boscosa y paradisíaca, llena de trinos de pájaros y olor a pinos, situada entre La Viña Sanatorium y el Fransworth Park. El coche había que abandonarlo en el estacionamiento y seguir el camino andando. Sin todos los detalles facilitados por el anciano, nunca hubiera dado con los jóvenes.

—Este sitio lo frecuenta mi madre —me explicó más tarde Deborah Preston—. Suele venir aquí una vez al mes, un domingo, para relajarse. Pero no hay peligro de que sospeche, ella no sabe que yo sé a qué lugar exacto viene. Es un secreto entre papá y yo. El siempre andaba un poco mosqueado por esas salidas de mamá sin explicaciones muy claras, eludiendo su compañía. En varias ocasiones la seguí sin que ella lo supiera y comprobé, para tranquilidad de papá, que hacía lo que decía: ir a un lugar a respirar aire puro y reflexionar sobre sus problemas en soledad. Lo único extraño es que siempre viene al mismo sitio. Bueno —se encogió de hombros—, le debe gustar. Y no le critico el gusto. Es encantador, ¿verdad que sí? Por lo menos hasta el sábado podemos permanecer aquí...

Había encontrado a los jóvenes en una especie de gruta natural, rodeada de espeso follaje, no sólo un bello lugar para dedicarse a la meditación sino también un excelente refugio. Deborah Preston, mi cliente, se puso muy contenta al verme, incluso dio unos cuantos brincos, como una niña pequeña cuando le regalan su juguete favorito.

Amos Caldwell era tal como ella me lo había descrito: alto, delgado, moreno. Sus cabellos negros los llevaba un tanto largos y sus ojos pardos poseían un brillo especial, el del hombre acorralado. No se mostró muy feliz de verme, me miró con recelo y hosquedad. Desde un principio me demostró bien a las claras que no se fiaba de mí.

—Por favor, Amos —le recriminó la muchacha—. El señor Douglas va a ayudarnos. ¿Verdad que sí?

Asentí con la cabeza.

—El abuelo dijo que había estado con la policía —insistió una vez más.

—No tenía más remedio —me excusé—. He sido yo quien ha ido tropezando con los cadáveres. Supongo que ya lo sabréis todo —les tuteé—. El señor Cummings os lo contaría, ¿no?

—Sí —respondió ella.

—Bien. Entonces podemos entrar directamente en el asunto... si os parece.

—Es lo que quiero, señor Douglas —dijo la joven—. Amos se encuentra en un grave aprieto y ha de sacarlo de él. Le pagaré mucho más, si es preciso.

—No hace falta —sonreí—. Tú, Amos, ¿estás dispuesto a colaborar?

—Sí lo va a hacer —volvió a hablar ella—. Ya hemos discutido mucho sobre esto... ¡Amos!

El muchacho hizo una mueca, diciendo:

—Está bien. Espero que sepas lo que has hecho, Debbie. Como este hombre...

—Tienes mi palabra —le dije, pero eso le dejó igual—. ¿Quieres un cigarrillo?

Aceptó con mano insegura, prueba de su nerviosismo. Los dos fumamos, pues Deborah Preston rechazó la oferta. Todos nos encontrábamos en el interior de la gruta, sentados en tierra. No muy lejos de nosotros vi unas mantas, una bolsa con alimentos y un par de cantimploras. Supuse que todo eso había salido de Deborah Preston o del viejo Cummings.

El muchacho fumaba dando rápidas chupadas. Con su mirada me escrutó, todavía indeciso, para luego pasar a clavarla en su novia. Ella alargó una mano, cogiéndole la que tenía libre y animándole con un apretón y una sonrisa.

Fui yo quien tuvo que empezar a hablar, abriendo el camino de la conversación:

—¡Sé más o menos cómo empezaron las cosas! Estuve en el «Thorton Club» y charlé con tu amigo Gregory Latimer. El me nombró a esa actriz retirada, Peggy Carson.

Le vi apretar los labios con rabia, permaneciendo silencioso todavía.

—Ella fue quien te dio la pista de tu padre —agregué—. También conversé con esa mujer. Lo siguiente que sé de ti es que estuviste en el Police Department y conseguiste los datos de tu

padre. Fuiste al gimnasio donde trabajaba y apenas cruzaste unas palabras con él, saliendo al momento. Después..., después sólo sé que te vieron huir espantado de la casa de tu padre, en la cual le hallé muerto, con la cabeza partida. Todas las sospechas recaen sobre ti. ¿Estás dispuesto a aclararme los hechos?

El cigarrillo lo tenía prácticamente consumido. Lo dejó caer y lo aplastó con el tacón del zapato.

—Deseo escuchar tu versión —seguí diciendo—. Tu abuelo confía en ti, asegura que eres un chico sincero. Deborah, mi cliente, también.

—No sé por qué le contrató —espetó de pronto—. No hizo más que complicar las cosas.

—¡Amos! —exclamó ella, ofendida.

—Las cosas no se han complicado por culpa de ella, muchacho —le rectifiqué, con duro acento—. Se te han complicado a ti y todavía no estoy seguro de si eres culpable o no.

—¡No lo soy! —gritó con vehemencia.

—Muy bien. Demuéstramelo.

—Déme otro cigarrillo.

Lo hice, y también le ofrecí la llamita de mi encendedor. Continuó fumando apresuradamente, pero ahora se decidió por fin a hablar:

—Es cierto todo lo que ha dicho, por Peggy Carson supe de mi padre. Yo apenas le recordaba, era muy pequeño cuando se fue. Sólo tenía el recuerdo de unas fotos, una de las cuales siempre llevo conmigo, en mi cartera. A mamá le hacía muchas preguntas y ella se ponía nerviosa al contestarme, nunca la vi muy segura de lo que decía, por lo que en mi fue naciendo un interés por mi padre, por saber de él, conocerle personalmente escuchar sus razonamientos. No entendía cómo nunca, jamás se había interesado por mí, siquiera por verme, cómo era en la actualidad, si continuaba vivo... Esa mujer, Peggy Carson, me ofreció la oportunidad tan deseada. Ella afirmaba haber conocido a mi padre. Y tuve que ceder a sus apetitos —agachó la cabeza, para luego alzarla con violencia y mirar a Deborah Preston—. ¡Ansiaba tanto conocer a mi padre...!

Ella no había perdido su sonrisa, incluso observé cómo le apretaba con más fuerza la mano. Sus ojos expresaban un cariño que ni un tanque blindado podría derribar. Comencé a admirar

tremendamente a aquella joven de veinte años.

—No... no le dije nada a Debbie de momento —prosiguió el muchacho— porque temía que no lo supiera comprender y me impidiera alcanzar lo que yo tanto quería. Por otro lado, aunque lo pensé, me sentía incapaz de forzar, de violentar, a una mujer paralítica... por muy pervertida que fuera...

—Pasemos al punto más importante, Amos —le interrumpí. Todas aquellas explicaciones apenas tenían importancia, salvo para ellos mismos—. Cuando das con el paradero de tu padre, tras estar en el Police Department...

—Fui al gimnasio, como usted contó. Allí le vi, me acerqué a él y en un principio no supe qué decirle. Luego, de pronto, se lo solté. El se puso muy pálido y nervioso, dijo que estaba loco y que me fuera y no le molestara. Le hablé de mi madre, de Pasadena para que viera que no mentía. También le dije que no pensaba marcharme de allí hasta que no habláramos largamente. Entonces argumentó que en el gimnasio no podía ser me dio su dirección, que coincidía con la que me habían facilitado en el Police Department, y me citó allí un rato después, asegurándome que procuraría irse cuanto antes...

—Y lo hizo —dije, mientras apagaba mi colilla—. Se excusó con un malestar estomacal. ¿Tú qué hiciste? ¿Acudiste a su casa enseguida?

—No. Me metí en un bar y estuve tomando unas copas para serenarme y meditar pausadamente todo lo que quería hablar con él. Luego, sí, fui a su casa.

—¿A nadie se lo dijiste?

—No.

—¿Ni con nadie te encontraste?

—Tampoco.

—Bien. ¿Qué sucedió a partir de entonces?

—Llegué a su casa. Ya se encontraba allí. Me abrió la puerta personalmente, con amabilidad. Pasamos al salón y justo entonces alguien me golpeó en la nuca. Todo se me hizo negro y perdí el conocimiento.

—¿Fue él?

—Imposible. Iba delante, señalando el camino.

—Entonces había otra persona allí dentro.

—Si.

—¿No llegaste a verla?

—No.

—¿Ni escuchaste nada raro?

—No.

—¿Y qué pasó luego?

—Cuando desperté, él... él estaba muerto, con..., con la cabeza rota... Era horrible. Yo... yo no sentía el dolor... sólo angustia, rabia y miedo. Incluso lloré unos segundos, viéndole allí muerto. Era el final. Ya nunca más podríamos comunicarnos... Era el final. El final, el final... —lo repetía furiosamente, al tiempo que pisoteaba una y otra vez el resto del segundo cigarrillo.

—¿Por qué huiste? —pregunté.

Tardó unos segundos en responder; la mirada clavada en la destrozada colilla.

—Ya se lo dije antes; también sentí miedo, mucho miedo. No sabía qué había sucedido exactamente, por qué había sucedido... Temí que me culparan y salí de allí a escape. En un principio no me escondí. Me limité a vagar por la ciudad, yendo de un lado a otro, visité muchos bares y prácticamente me emborraché. Cuando sentí que las fuerzas me fallaban, llamé a Debbie... Ella se reunió conmigo y discutimos mucho sobre lo que debía hacer. Yo no quería entregarme y ella pensaba que era lo mejor. Al final decidimos una postura intermedia: nos esconderíamos y usted se encargaría de ayudarme desde fuera. Como el lugar escogido de escondite era éste, ya que al menos hasta el domingo lo tenemos seguro, y la casa de mi abuelo nos cogía de camino, pasamos por ella para surtirnos de lo necesario y de paso telefonearle a usted. Como Debbie no consiguió localizarle, le dejó el encargo al abuelo. Nosotros nos vinimos acá a esperarle. Eso es todo, señor Douglas. ¡Yo no maté a mi padre ni sé quién lo hizo! ¡Tal vez anduviera metido en feos asuntos, él había estado en la cárcel!

—Lo sé —asentí—. Y me extraña una cosa.

—¿Qué?

—Confío en su abuelo, pero no en su madre. A ella ni siquiera la ha llamado.

—Es cierto.

—¿Por qué?

Amos Caldwell se lo pensó antes de contestar.

—No es un tema agradable de tratar... —dijo en un principio. Luego agregó con pesar—: Mi madre se encuentra actualmente bastante unida sentimentalmente a un hombre que no me merece mucha confianza. Pensé que si le decía algo lo pudiera comentar con él y ya le digo, no me fío mucho de ese hombre.

—¿Hablas del tal Lionel Porter?

—Sí.

—¿Por qué no te gusta?

—No sabría decirlo. Le encuentro un tanto falso. Creo que está engañando a mi madre. Algunas veces he discutido con ella por este mismo tema. Ella no lo quiere ver así. En cierto modo, es comprensible, ha estado mucho tiempo sola, ahora yo soy mayor y se encuentra aún más sola... En fin, no creo que esto tenga mucho que ver con el caso.

—De todas formas, gracias a ese hombre tu madre no se vio seriamente lastimada esta noche pasada.

—Sí, lo sé. El abuelo me lo contó. Usted se lo dijo y cuando nosotros llegamos ya había hablado con mamá.

—¿Qué sabes de ese Lionel Porter?

—Bueno, que trabaja en la empresa del padre de Debbie, como mamá. Allí se conocieron, aunque yo ya lo conocía de antes, nos habíamos encontrado en alguna ocasión, junto con Debbie y otros amigos con él. Como conocía a Debbie, se unía a nosotros para tomar unas copas y charlar.

—A mí siempre me ha parecido un hombre atento y amigable. A veces me cuenta cosas preciosísimas sobre los mejicanos —terció mi cliente.

—¿Ha estado en México? —pregunté yo.

—Eso me dio a entender.

Hicimos una breve pausa que aproveché para ir asimilando todo cuanto había escuchado. Amos y Deborah permanecían unidos, como dos tórtolos.

—Tu padre tenía un amigo —dije después—. Un tipo llamado Pat Robinson, con el que fue a la cárcel y compartía el apartamento. También trabajaba en el mismo gimnasio. ¿Lo conoces de algo? ¿Te suena su nombre?

—Se lo oí a Peggy Carson. Nada más.

—¿Y el de Edward McCoy?

—La primera vez se lo escuché a mi abuelo. Era el oficial de policía que vigilaba a mi padre y a ese Robinson, ¿no?

—En efecto.

—¿Nunca había tenido relación con tu madre?

—Que yo sepa, no. ¿Qué dijo ella?

—Que le había preguntado por tu padre.

—Hum —hizo el muchacho.

—Un poco incongruente, ¿no te parece?, si tenemos en cuenta que él era el que le vigilaba. De todas formas, al parecer, no tuvieron mucho tiempo de hablar, de que ese policía explicara claramente sus intenciones, pues apareció Lionel Porter...

—Creo que debemos ir al meollo del asunto, señor Douglas —intervino de nuevo la joven—. Cómo demostrar que Amos es inocente y nada tiene que ver con este embrollo.

—Difícil va a ser la tarea —murmuré, pensativo—. Sobre todo si él no recuerda nada más. Todo lo que me ha contado está muy bien, pero apenas me aclara nada.

—Lo siento —se encogió de hombros Amos Caldwell—. Le he dicho todo lo que sé. Si quiere mi opinión, le puedo decir que creo que no tengo nada que ver con lo ocurrido, ni siquiera indirectamente. Mi padre y su amigo debían encontrarse metidos en algún oscuro negocio y yo me he visto en medio sin comerlo ni beberlo. Pienso que debería investigar sobre ellos, sobre ese McCoy; algo tenían que llevarse entre manos.

—Posiblemente tengas razón, muchacho —asentí. En esos instantes me acordé de Ann Marvin. Supuse que ya debería tener amplia información sobre todos ellos, era precisamente lo que pensaba hacer esa mañana.

Me puse en pie.

—¿Se marcha? —preguntó, Deborah Preston.

—Sí. Cuanto antes me ponga a la faena, más probabilidades de resolverla.

—Si lo hace, le estaré eternamente agradecida, señor Douglas.

Ellos también se habían levantado, sin soltar sus manos, muy juntos sus cuerpos. Los ojos de mi cliente me miraban con toda la confianza del mundo depositada en mí. Sentí una profunda emoción y me juré que haría todo lo endemoniadamente posible para no

defraudarla, para que fuera feliz junto al joven Amos.

Éste me alargó su mano libre.

—Señor Douglas —dijo—, antes no le conocía y por eso tenía mis dudas. Ahora creo que Debbie no se equivocó en su elección. También confío en usted.

Me fui de allí mucho más reconfortado que si un ejecutivo de traje bien cortado y puro en los labios me hubiera premiado con un cheque por valor de cien mil dólares y la seguridad de que nunca me faltaría nada.

Cuando llegué a Los Angeles, telefoneé a Ann.

—Tengo unas noticias excitantes —me dijo—. Cuando las oigas, te vas a quedar de una pieza.

CAPÍTULO XII

Habíamos quedado en un restaurante para almorzar juntos. Cuando yo llegué, ella ya se encontraba allí, consultando la carta.

—¿Qué hay? —pregunté.

—Pato a la naranja.

—Oh, vamos, déjate de bromas.

Ann me entregó la carta.

—¿Qué has hecho tú? —me preguntó.

Me puse a mirar la carta.

—Estuve hablando con amistades de los jóvenes, a ver si alguien me daba una pista.

—¿Y?

—Nada.

—Qué pena.

—¿Y tú?

Ella me miró fijamente.

—Le puse un vigilante a un tipo que no es de fiar.

—¿Qué? —Cerré de golpe la carta.

—Eres muy mentiroso, cariño —me recriminó sin dureza—. ¿Qué hiciste al norte de Altadena, ya en el Los Angeles National Forest? Mi hombre te perdió al llegar al estacionamiento. Anda, querido, dímelo... o te llevo ahora mismo a la sala de interrogatorios del Police Department —y en estas últimas palabras sí cambió por completo el tono de su voz.

—Qué poca confianza tienes en mí —me lamenté.

—No soy tonta.

—Lo sé. Anoche me sacaste buena información.

—Y ahora me dirás el resto o...

—¿Sabes que me estás quitando las ganas de comer?

—En chirona dan peor comida que aquí.

—Está bien —exclamé—. ¿Qué deseas saber?

—Tus pasos. ¿A qué fuiste allí?

—No te lo creerás. Quería respirar aire puro y tomar el sol mientras reflexionaba sobre el asunto...

—¿Ves esos dos hombres de la entrada?

Ya los había visto al llegar. Eran dos perfectos gorilas que no hubieran deslucido en un zoológico.

—¿Son hombres tuyos? —pregunté.

—Sí. ¿Quieres que te deje en sus manos?

—Olvidalo.

—Entonces habla, cariño.

Me humedecí los labios con la lengua, lentamente. No hallaba salida posible. Presentía que ella sabía que al fin había encontrado a Amos, y si se lo decía posiblemente todo se fuera al diablo. Por otro lado, con mentirle, no iba a conseguir nada, sólo obstaculizar mi labor porque iría a parar al Departamento de Policía.

Tiré por la calle de en medio.

—Supongo que cuando me dijiste que tenías noticias excitantes, no sería solamente esto...

—No. He averiguado algunas cosas.

—Muy bien Lo uno por lo otro. Tú empiezas.

—No, tú.

—Tú o no hay trato.

—¿Qué van a tomar los señores? —Se acercó en esos momentos a nosotros un camarero.

Hicimos un alto para realizar el pedido, aunque nuestras ganas no eran muchas. Luego, mientras nos traían los platos, Ann tomó la palabra:

—Está bien. Pero si me engañas... —Miró significativamente hacia los gorilas.

—Juego limpio —levanté la mano derecha.

—Sobre Elmer Caldwell y Pat Robinson no había mucho. Desde luego, no son trigo limpio. Cuando se les detuvo por el robo a la actriz de teatro Peggy Carson, se supo que ambos eran de San Francisco, Allí habían sido fichados hace más de veinte años por carterismo...

—¿Ya eran amigos?

—No lo sabemos. Pero sí hay esas dos coincidencias: ambos son naturales de San Francisco y ambos fueron fichados por lo mismo. Lo siguiente que tenemos de ellos es ya el robo a la mujer ésa. Desde luego, según consta en el archivo, se sospechaba de ellos como autores de otros robos similares, pero no se les pudieron probar.

—Ajá. Está claro: unos simples ladrones.

—Lo más interesante surgió al revisar el *currículum vitae* de Edward McCoy. A ver si adivinas en qué Sección estaba antes de trasladarse a Los Angeles y pasar a formar parte de Libertad Vigilada.

—No.

—Asuntos Internos.

—¿Y?

—Pertenecía al Departamento de Policía de Pasadena. Eso fue entre el 57 y el 62.

—No entiendo a dónde quieres ir a parar.

—Entre los asuntos que tuvo destaca el de Peter Saywer, el policía que no cumplió con su deber y que, tras asesinar a uno de los ladrones de la nómina de la «Continental», desapareció con el dinero.

Me quedé sin habla. El camarero trajo los platos y comenzamos a comer en silencio.

—Pedí datos urgentemente al Departamento de Policía de Pasadena y me los trajeron al momento —siguió luego diciendo ella, entre bocado y bocado. Mi mente trabajaba a toda máquina, tratando de colocar las piezas del rompecabezas—. El caso del robo de la «Continental» es muy interesante... y todavía está sin resolver, cariño.

—Algo de ese robo nos comentó el señor Cummings...

—Si.

—Pero no estableció ninguna relación con los hasta ahora implicados en el asunto.

—Realmente él no conocía a Edward McCoy. Éste entró en escena después, tras el segundo robo.

—Explícamelo bien.

—El principio es tal como nos lo contó el anciano. El llevaba la nómina y fue asaltado por dos hombres que se cubrían el rostro con

medias. Forcejeó con ellos y lo único que consiguió fue una puñalada. A partir de ahí él ya poco tuvo que ver con el caso. La policía entró en acción.

Hizo un alto para beber un traguito de vino. Yo la escuchaba con suma atención.

—El asunto le fue encargado a un sargento detective de la Sección de Robos. Peter Saywer. Un hombre hasta el momento correcto, intachable, del que sólo había alabanzas, fiel cumplidor a su deber. Precisamente sus jefes le dieron el caso para ver si así se distraía, pues acababa de pasar una crisis matrimonial, terminando por divorciarse de su mujer. Al parecer, luego se arrepintieron. Piensan que el divorcio lo trastornó y que ello pudo inducirle a cometer la locura.

—Pero ¿qué pasó?

—Peter Saywer se puso a investigar el asunto y al cabo de dos semanas dio con los ladrones, o al menos eso se deduce. Los pasos dados por él en los dos últimos días de investigación no llegó a comunicarlos a su jefe y no constan en los archivos, por tanto. Se sabe que en su última conversación con el jefe le dijo que estaba sobre la buena pista y que ya le daría los detalles más adelante. De pronto, desapareció. Y ese mismo día se halló un cadáver en una casita de East Pasadena, toda ella revuelta como si la hubieran registrado. Allí se encontraron las medias de los asaltantes, la navaja utilizada, incluso un pequeño plano del trayecto de Harvey Cummings, pero ni rastro del dinero...

—¿Quién era el muerto?

—Un tal Steve Malloy, propietario de la casita, con antecedentes penales.

—¿Era de Pasadena?

—Sí.

—¿Cómo murió?

—Ahí está lo bueno. Murió por culpa de dos balazos en el pecho. Las pruebas de Balística dieron la clave: las balas habían sido disparadas por el revólver de Peter Saywer.

—Y entonces fue cuando el caso pasó a Asuntos Internos y entró en danza Edward McCoy.

—Exactamente.

—¿Qué hizo McCoy?

—Investigar, tratar de encontrar a Peter Sawyer y al otro posible asaltante.

—¿Respecto a éste no hay ningún dato?

—No. Aunque se investigó la vida y milagros de Steve Malloy no se pudo encontrar ninguna relación entre él y otro hombre para el atraco. Se dedujo que el otro asaltante, bien había huido asustado o bien se había aliado a Peter Sawyer, llegando ambos a un acuerdo.

—Tampoco hubo testigos de lo sucedido en la casita del tal Malloy, ¿no?

—No. Era una zona bastante aislada.

—¿Y al final qué consiguió McCoy?

—Prácticamente nada. Encontró la pista de Peter Sawyer, pero no sirvió de nada.

—¿Por qué?

—Peter Sawyer ya había salido del país. Su último rastro lo halló McCoy en una agencia de viajes. Allí había dado su verdadero nombre el mismo día de la muerte de Steve Malloy, sacándose un pasaje de avión con destino a México que salía esa misma tarde. Sabía que contaba al menos con veinticuatro horas hasta que comenzaran a sospechar de él. Desde luego, se pasó aviso a las autoridades mejicanas, pero ya nada se pudo hacer. Debíó conseguirse una nueva documentación. Desapareció.

La comida ya hacía tiempo que había dejado de interesarme, embelesado por todo lo que contaba Ann. Esforzaba mi cerebro tratando de conseguir ver al menos una pequeña luz, pero era muy difícil.

—¿Se fue solo a México? —pregunté.

—Eso parece. Al menos él sólo encargó un billete. De todas formas, en el informe de McCoy se habla de un misterioso personaje al que tampoco se logró localizar.

—¿Se tiene algún dato sobre él?

—Sí. Se trataba de una mujer.

—¿Tal vez su ex mujer?

—Eso fue lo primero que McCoy pensó. Lo investigó y nada. La ex mujer era alta y rubia. La sospechosa era morena y de estatura mediana. Se le vio con ella en un par de ocasiones, durante los días de la investigación del robo a la «Continental», pero los que los vieron no supieron dar detalles concretos de la mujer.

—Una mujer... —murmuré—. Humm.

—Como verás, todo se ha complicado —dijo ella, dejando tenedor y cuchillo sobre el plato, dando por finalizada la comida—. ¿Tiene algo que ver todo lo que ocurrió en Pasadena hace veintiún años con lo que ahora está sucediendo?

Yo estaba muy pensativo. Sawyer desaparecido, el otro atracador desaparecido y desconocido... y una misteriosa mujer también desconocida. Alrededor de ellos un robo de cien mil dólares, la muerte de uno de los atracadores y la traición al deber de un policía hasta ese momento con fama de intachable. Los Cummings, Caldwell, Sawyer, McCoy..., todos ellos vecinos de Pasadena entonces, de nuevo volvían a tener relación, veintiún años más tarde, en distintos puntos de Los Angeles. ¿Por qué? ¿Porque un muchacho impulsivo se había lanzado a la búsqueda de su padre?

—¿En qué piensas? —me preguntó Ann.

No le respondí de momento, mis ojos achicados tratando de alcanzar el rayo de luz.

—En una mujer y sus incongruentes explicaciones que tal vez no lo sean —dije al fin.

Ella me miró con los ojos muy abiertos.

—¿Qué galimatías es ése?

—Lo sabrás si vienes conmigo —me puse en pie y dejé unos billetes sobre la mesa.

CAPÍTULO XIII

Por el camino le fui explicando lo que había hecho en el Los Angeles National Forest, poniéndola al corriente sobre la conversación mantenida con los dos jóvenes. Los gorilas venían detrás de nosotros, en el coche policial.

Ann asimiló durante unos instantes mis palabras y luego comentó:

—Entonces, ¿sospechas de Audrey Caldwell y Lionel Porter?

—Sólo sé que él vino de México y que ella nos dio unas respuestas extrañas cuando la interrogamos. Ambos tuvieron estrecha relación, ahora, con Edward McCoy. Creo que ella no nos mintió, pero tampoco habló con claridad, confundiéndonos.

—¿Sabes lo que eso significa? —Me miró fijamente.

—Por supuesto.

Ya no volvimos a cruzar palabra hasta llegar a casa de Audrey Caldwell. La mujer se encontraba sola, con gesto preocupado y ojos de apenas haber dormido la noche anterior. Lo primero que hizo fue preguntarnos por Amos.

—Está bien —le respondí una vez nos acomodamos en el salón.

—¿Lo... lo han detenido? —balbuceó.

—No, señora.

Había convencido a Ann para no actuar con los jóvenes, de momento. En aquel refugio se encontraban seguros, tranquilos, y no originarían incidentes. Había cosas más importantes que resolver y aclarar en aquellos instantes.

—¿Entonces...? —preguntó la mujer, retorciéndose las manos.

—Digamos que está localizado y que la sargento detective Marvin, antes de actuar contra él, espera que determinadas personas esclarezcan sus posturas, con lo cual, tal vez, ya no sea

necesario... detener a su hijo.

—No... no le entiendo...

—Señora Caldwell —dije lentamente—, las investigaciones del caso nos han llevado a nuevos descubrimientos. Más claro, nos han transportado a veintiún años atrás. ¿Recuerda aquella época, señora Caldwell?

Un estremecimiento la sacudió. Ann Marvin tomó la palabra para decir:

—Fue cuando usted conoció a Elmer Caldwell, cuando su padre fue atracado, cuando un policía llamado Peter Saywer investigó el robo y posteriormente desapareció, acusado de asesinato y robo, cuando usted se casó con Elmer Caldwell...

—¿Qué... qué pretenden? —preguntó, el temor asomando a sus pupilas.

—Conocer la auténtica verdad —le contesté yo—. Hay algo que la sargento detective Marvin ha olvidado decir; un policía de Asuntos Internos llamado Edward McCoy fue quien investigó el extraño caso de su compañero de la Sección de Robos, Peter Saywer. Precisamente el mismo hombre que vino aquí la noche pasada y fue muerto por su amigo Lionel Porter.

—¡Oh!

—Ese hombre, en su informe de hace veintiún años, hablaba que Peter Saywer había sido visto con una mujer de estatura mediana, morena, que no era su ex mujer. Pero ahí quedó la cosa. De pronto, al cabo de tanto tiempo, aparece por aquí, justo después de haber tenido relación casual con Elmer Caldwell, gracias a su nuevo destino dentro del Cuerpo de Policía, en plan agresivo, y la pregunta acerca del padre de Amos...

—Sí, sí... —asintió.

—Usted no nos mintió, ¿verdad?

—No.

—Le preguntó sobre el padre de Amos, insisto.

—Sí.

—Todos estábamos un poco alterados la otra noche por el trágico suceso. A usted se le escapó eso y luego trató de arreglarlo lo mejor posible. Pero era un poco estúpido, incongruente, aunque usted y nosotros no lo podíamos saber en ese momento, por cuanto desconocíamos la auténtica personalidad del muerto. Ahora bien,

una vez conocida, ¿qué estupidez era ésa? ¿Por qué interesarse por Elmer Caldwell, si era él, precisamente él. Edward McCoy, quien lo vigilaba gracias a su cargo?

—No sé... no sé qué está tratando de decir...

—Es muy sencillo, señora Caldwell. Usted Conoció a Peter Sawyer, ¿verdad?

—No...

—Vamos, no mienta. Si él llevaba el caso del robo, seguro que a quienes primero interrogó fue a las personas allegadas al atracado, su padre. Usted le conoció, ¿verdad? ¿Verdad?

Continuó sin responder. Su silencio y su hundimiento de barbilla en el pecho fueron toda una respuesta.

—Usted es morena y de mediana estatura —seguí diciendo. Ella no repuso nada—. Y usted se casó con Elmer Caldwell estando ya embarazada.

Esto último la hizo respirar.

—¿Cómo lo...?

—Su padre nos lo dijo.

Su abatimiento fue entonces total.

—Señora Caldwell —agregó Ann—, ¿está dispuesta a contarnos la verdad? Éste es un serio asunto y su hijo se halla comprometido. Supongo que querrá ayudarle...

—Denme algo de beber —pidió con un hilo de voz—. Algo fuerte, por favor.

Yo mismo se lo preparé. Ella bebió ansiosamente y así pareció recobrar parte de sus ánimos.

—Es cierto —reconoció al cabo de un rato de tenso silencio—. Conocí a Peter Sawyer y entre nosotros nació al momento una gran pasión. Durante aquellos días posteriores al atraco vivimos en la sombra un bello romance. Luego, luego él desapareció, todos le echaron la culpa de lo sucedido.

—¿Usted no llegó a conocer a Edward McCoy? —pregunté.

—No. Nadie sabía lo nuestro. Era un secreto, eso nos hacía sentir más felices, por encima de los demás. Peter se hallaba muy deprimido tras su fracaso matrimonial, había descubierto que su mujer le engañaba con otros...

—¿Y qué pasó con Elmer Caldwell?

—A él le conocía de mucho antes, era casi vecino nuestro. Decía

estar enamorado de mí. No me desagradaba y me había dejado arrastrar por él, incluso llegamos a tener alguna relación íntima que corté tras conocer a Peter. Luego, cuando Peter desapareció y yo supe que estaba embarazada, me encontré en un callejón sin salida. No quería abortar, deseaba a la criatura. Por otro lado no podía decir lo que me ocurría, tanto por mis padres como por mi empleo: una madre soltera, que había tenido relaciones con un policía asesino y ladrón. Fue esto lo que me impulsó a enfrentarme a Elmer Caldwell, achacándole el embarazo. El se lo creyó y se preparó la boda rápidamente. Así fue como salí airosa de la situación. Más tarde. —Hizo una pausa para beber un largo trago—. Más tarde, con el paso del tiempo, nuestro matrimonio comenzó a hacer aguas. Elmer no era como yo había creído, cada vez se me hacía más insoportable mi vida a su lado, discutimos muchas veces, incluso llegó a golpearme. Un día, en un arrebato, le dije la verdad: Amos no era su hijo.

—¿Cuál fue su reacción? —preguntó ahora Ann.

—Al instante siguiente de decírselo me arrepentí. Temí que arremetiera conmigo, que lo propagara a los cuatro vientos, que pidiera el divorcio, en fin, que estallara el escándalo. Casi nada de eso sucedió. Se limitó a golpearme mucho más, llamándome ramera, y luego hizo sus maletas y se fue de casa. Nunca más volví a saber de él.

—¿Está segura? —pregunté yo.

—Segurísima.

—¿Y no pidió usted la separación?

—No. Entonces se hubiera tenido que saber la verdad. Dejé las cosas así.

—Es extraño que él también las dejara así —comentó Ann.

—Tiene una explicación —apunté yo—. Elmer Caldwell no era trigo limpio. En San Francisco estaba fichado, recuerda. Posiblemente él, al igual que la señora, temía algo. Los dos callaron porque les convenía y el secreto se ha mantenido durante veintiún años... hasta ahora, que de pronto ha estallado todo. Y creo que la culpa de ello la han tenido Edward McCoy y su hijo, cada uno por su lado.

—Señora Caldwell —dijo Ann, llamando su atención—. Apenas hemos hablado de un hombre importante en este asunto: Peter

Saywer. ¿Qué fue de él?

—No lo sé.

—¿Tampoco supo nada de él?

—No. Se lo juro.

—¿No sabía que usted estaba embarazada?

—Por supuesto que no. Nuestras relaciones apenas duraron diez días. Después, desapareció.

—Dicen que huyó a México —volví a intervenir—. ¿Lo sabía?

—Sí. Durante aquella época leí mucho los periódicos.

—¿Sabe que su amigo Lionel Porter estuvo allí viviendo?

—¿Cómo?

—¿No le habló nunca de ello?

—No.

—Pues vivió allí, lo sé de fuentes fidedignas. ¿Qué relación le une a Lionel Porter?

—Bueno, somos grandes amigos —apuró el vaso—. ¿Qué está tratando de insinuar?

—Sólo estoy señalando la coincidencia. ¿Nunca habló con Lionel Porter del asunto de Pasadena, o de Peter Saywer?

—No, nunca. A veces...

—¿Qué?

—A veces me ha preguntado por mi marido, por Elmer, interesándose sobre su paradero. Es lo único que recuerdo. Siempre comenta que me conviene localizarlo para pedir la anulación matrimonial y ser libre. El tiene aspiraciones... —Forzó una sonrisa.

—U otras ideas más endemoniadas —aventuré yo—. Alguien mató a Elmer y no fue su hijo.

—En eso tiene razón, amigo —dijo entonces una voz que nos hizo sobresaltar a todos. Yo giré el rostro y me encontré con un hombre que empuñaba una pistola con firmeza. Su apariencia física coincidía exactamente con la descripción obtenida por Ann Marvin de los ficheros policiales sobre Pat Robinson, el amigo y compañero de Elmer Caldwell—. La señora Caldwell se va a venir conmigo para que su amiguito no me juegue sucio... y ustedes dos, pesquisas, se van a quedar aquí para siempre.

CAPÍTULO XIV

El tipo quedó finalmente encarado a nosotros.

—Usted es Pat Robinson, ¿verdad? —pregunté yo sin moverme del sitio.

—Sí —reconoció.

—¿Cómo entró? No llamó a la puerta...

—Es usted muy gracioso. Forcé una ventana. Fue sencillo.

—Para un fulano con los antecedentes como los suyos, seguro.

—Bien amigo, no tengo más ganas de cháchara. Usted, señora Caldwell, póngase en pie y venga para acá.

Sucedió lo imprevisto, mientras yo pensaba que podía hacer para salir de aquella difícil situación. Audrey Caldwell se levantó, en efecto, muy sumisa, con su rostro de abatimiento, pero no sólo hizo eso. De una forma casi suicida, su diestra disparó el vaso que empuñaba contra Pat Robinson.

Éste soltó una maldición y apretó el gatillo, al tiempo que se ladeaba para evitar el sorprendente proyectil.

Sonó un disparo, un grito y un estrépito de cristales rotos. Para ese entonces yo ya me encontraba encima de Pat Robinson. Le retorcí la mano armada sin compasión. Escuché un escalofriante chasquido y al instante siguiente el tipo perdió la pistola. Luego, todo fue más fácil. Mi puño derecho se estrelló en su rostro y lo lanzó hacia atrás.

—¡Ya está bien! —gritó Ann Marvin, en pie, las piernas abiertas en compás, con las dos manos sujetando su revólver reglamentario y apuntando a Pat Robinson. Parecía una silueta sacada de la Police Academy.

Miré a Audrey Caldwell. Estaba muy pálida, de nuevo sentada en la butaca. Me acerqué a ella, mientras Pat Robinson permanecía

quieto, dominado por Ann.

—¿Cómo está?

—Bien, He pasado mucho miedo.

—Se comportó muy valientemente.

—Podía estar muerta. Escuché el silbido de la bala al pasar junto a mi cabeza.

—¿Quiere otro *whisky*?

—Sí, por favor.

Se lo serví, cómo no. Acababa de salvarnos el pellejo. Luego me dirigí hacia el derrotado Pat Robinson. Un hilillo de sangre le brotaba de una fosa nasal, pero era lo de menos, ni siquiera se preocupaba de ello. Miraba fijamente su muñeca, con profundo gesto de dolor; posiblemente se la hubiera roto.

Sin decirle nada le tomé por un hombro y le empujé hacia una butaca, obligándole a sentarse.

—Bien —exclamé entonces—. Empecemos a aclarar cosas, Robinson. ¿Qué se traían usted y Elmer Caldwell entre manos?

—Na... nada.

—Oh, sí. Por eso a Elmer Caldwell le mataron y usted desapareció. —Le di un bofetón.

—Se lo juro. No planeábamos nada. Estábamos regenerados, trabajando tranquilamente en el gimnasio. La culpa de todo la tuvo ese policía que nos tocó en suerte, el tal McCoy...

—¿Por qué?

—Sabía que Elmer había estado hace veintiún años en Pasadena y era esposo de Audrey Cummings. Me sonsacó a mí que yo también había estado en esa época allí y a Elmer que el hijo de Audrey no era suyo, anteanoche, que nos invitó a *whisky* y prácticamente nos emborrachó. Cuando nos pasó la resaca estuvimos comentando lo sucedido y llegamos a la conclusión de que el comportamiento de McCoy era muy sospechoso. Nos jugamos a cara y cruz quién lo vigilaba mientras el otro iba al trabajo. Me tocó a mí.

—Pero ¿por qué vuestras sospechas, por qué vuestro interés?

—Eso...

Calló y yo me acerqué a él y le tomé por la pechera.

—No estamos para perder el tiempo, Robinson. Hay un asesinato por solucionar.

—¡Yo no, he matado a nadie! ¡Nunca maté a nadie! ¡Lo mío son

los robos, nada más!

—Habla claro entonces —le solté.

Se retorció un instante en la butaca. Ann Marvin no dejaba de apuntarle con el revólver y Audrey Caldwell bebía el *whisky* a sorbitos.

—Eso... eso viene de lejos —se decidió a confesar Pat Robinson, sin dejar de acariciarse la muñeca dañada—. De la época de Pasadena. Elmer y yo llegamos allí procedentes de Frisco, donde habíamos tenido un serio tropiezo. Fue entonces cuando conocimos a un singular tipo llamado Steve Malloy. Éste tenía proyectado un atraco a la «Continental» y necesitaba ayudantes. Nos unimos a él. Elmer se encargaría, por su mejor presencia, de introducirse entre los Cummings, alquilando una casa cerca de ellos y congeniando con Audrey, y así obtendría los datos necesarios. Steve y yo daríamos el golpe. Eso es lo que se hizo, y no fui yo quien pinchó a Harvey Cummings, sino Steve, que quiso resolver la rebelión del hombre a la tremenda. Una vez cometido el atraco, decidimos permanecer en nuestros puestos para no llamar la atención... El policía encargado del caso, Peter Saywer, investigó bien, cerca de los Cummings y descubrió a Elmer. Gracias a él llegó hasta la casita de Steve. Allí estábamos los tres reunidos cuando él apareció. Elmer y yo actuamos con rapidez y salimos a escape sin que nos persiguiera. Supongo que para el plan que llevaba, le daba igual, aunque en aquellos momentos pensamos que él prefería quedarse con el dinero y Steve, que tuvo la mala suerte de engancharse con una silla y caer..., buena suerte para nosotros en realidad porque así entretuvo al policía. Al salir de la casita corriendo tropezamos con un tipo con el que nos excusamos y Elmer y yo nos refugiamos un tanto asustados en un solar abandonado a la espera de cómo se desarrollaban los acontecimientos, también planeando a qué lugar y cómo huiríamos. Pero al día siguiente nos llevamos la gran sorpresa: Steve había muerto a tiros y el dinero y el policía no aparecían por ningún lado, como tampoco el testigo que había tropezado con nosotros y que nos podía identificar. Eso nos hizo pensar que algo raro sucedía: el policía había sido un pillo y el supuesto testigo no podía ser otra cosa más que un compinche. Comprendimos entonces que estábamos libres, que ya no nos delatarían. Elmer, como mal menor, al saber que Audrey estaba

embarazada y ella le señalaba como padre, decidió casarse con ella para que no se armara escándalo. Yo me vine al este de Los Angeles y medré como pude. Poco después Elmer supo la verdad por boca de ella y la abandonó, reuniéndose conmigo.

Ahora estaba mucho más claro por qué Elmer Caldwell no quiso dar publicidad al asunto ni separarse legalmente. Tanto él como ella temían a lo que podía originar el escándalo.

—En el este de Los Angeles os dedicasteis a lo vuestro: las carteras y los pequeños robos hasta que al final os pillaron por lo de Peggy Carson, ¿no?

—Sí. De esa forma transcurrieron los años.

—Y llegamos a McCoy.

—Ya le dije: por su oficio, estudió nuestras fichas y supo nuestras relaciones con Pasadena y los Cummings. Nos visitaba con mucha frecuencia, haciéndonos preguntas sobre el pasado, y finalmente simuló emborracharse con nosotros...

—Eso ya lo contaste, más o menos. Ve al grano.

—Fui tras él ayer. Se movió por muchos sitios debido a su trabajo, visitando a muchos como nosotros. También aprovechó para trasladarse a Pasadena y averiguar disimuladamente el paradero de Audrey Caldwell. Yo iba un poco a ciegas. Por la noche llegamos a casa de ella. El pasó adentro y yo me quedé en la calle, esperando. No supe lo que hablaron...

—Te lo puedo aclarar por encima. El, al saber que Elmer Caldwell no era el padre de Amos, sospechó entonces que Audrey podía ser la misteriosa mujer que se vio en un par de ocasiones con Peter Sawyer y decidió investigarlo por su cuenta y riesgo, supongo que con ideas propias, pensando en sacar tajada del asunto. Pero apareció Lionel Porter.

—El compinche del policía —dijo Pat Robinson.

—¿Cómo?

—Desde mi escondite vi aparecer a ese Lionel Porter. Le reconocí al momento. Era el hombre con el que Elmer y yo nos cruzamos al escapar de la casita de Steve, pero más viejo.

—Vaya.

—Luego escuché los disparos y le vi aparecer a usted. Esta mañana me enteré de todo, preguntando a los vecinos y al policía del barrio como si fuera un periodista en busca de reportaje. Para

mí estaba claro, Edward McCoy había dado con la pista de los ladrones del dinero: Audrey Caldwell y Lionel Porter, que debían ser compañeros del hasta ahora desaparecido Peter Saywer.

—¿Y qué pensaba hacer?

—Ya lo hice.

—¿Qué? —Fruñí el ceño.

—Investigué al tal Lionel Porter y no me fue difícil conseguir ponerme en comunicación con él. Le llamé a la empresa para la que trabaja. Le he pedido veinticinco mil dólares por no descubrir todo lo que sé.

—¿Y?

—Primero ha negado, luego me ha pedido pruebas, al final ha accedido. Me ha citado a las cinco de la tarde para darme el dinero.

—¿Cuál ha sido la razón para pasarse por esta casa, queriendo raptar a la señora Caldwell?

—Como no me fió de nadie, antes quería hacerme con ella para que me sirviera de protección. El tipo puede tener malas ideas, me ha citado en un lugar bastante solitario.

—No hubiera conseguido nada, Robinson. Ella no es compinche de Lionel Porter. Está en eso equivocado.

—Humm —murmuró, incrédulo.

—Y tampoco nos ha aclarado una cosa: ¿quién mató a Elmer?

—Me enteré de la noticia esta mañana. Supongo que el muchacho al saber que no era su padre.

—El dice que es inocente.

Se encogió de hombros.

—Pronto vamos a saber la verdad, en cuanto pesquemos a ese Lionel Porter. ¿Dónde le ha citado?

—Eh un lejano lugar del que me ha dado toda clase de detalles para que no me pierda, más allá de Pasadena, en el Los Angeles National Forest.

Palidecí y presentí la tragedia.

CAPÍTULO XV

Mi coche corría endemoniadamente cruzando todo Los Angeles. Los dos gorilas de Ann se habían hecho cargo de Pat Robinson tras recibir una buena reprimenda por parte de la mujer policía por no haber estado atentos a la aparición del delincuente. Audrey Caldwell se quedó en casa, sin saber exactamente dónde se hallaba su hijo y lo que se podía avecinar.

Una vez dejamos el auto en el estacionamiento, fueron nuestras piernas las que tuvieron que correr desesperadamente por aquel lugar paradisíaco que podía convertirse muy bien en el infierno de un drama. Negras ideas inundaban mi mente y una terrible sospecha comenzaba a abrirse paso en ella...

Atrofiados nuestros cerebros con la idea de llegar, con una loca ansiedad, nuestros cuerpos empapados en sudor y nuestros corazones galopando como caballos desbocados, caímos como inocentes palomos en las garras de Lionel Porter.

Ocurrió un poco antes de llegar al refugio natural, cuando atravesábamos la espesura del bosque. Aún faltaba más de media hora para la cita, pero el tipo había sido precavido y vigilaba la llegada. Pat Robinson había tenido razón al desconfiar...

—¡Quietos!

Surgió de pronto ante nosotros, empuñando su pistola, un poco sorprendido por nuestra presencia. No hubo de momento preguntas. Nos obligó a darle la espalda y apoyamos en el tronco de un árbol, con las piernas separadas, y entonces nos registró con gran habilidad. Quedamos desarmados.

—Ahora vayan hacia delante.

Llegamos al claro. Amos y Deborah se encontraban fuera del refugio natural, espalda contra espalda, sólidamente atados, sin

poder moverse.

—¡El mató a mi padre! —chilló Amos al vernos—. ¡El mató a mi padre, señor Douglas! ¡Me lo ha confesado!

Yo no podía hacer nada. En cuanto el muchacho se dio cuenta, enmudeció, mordiéndose los labios. Deborah Preston, mi cliente, no decía nada; lloraba silenciosamente.

Miré hacia el interior del refugio. Creí ver un movimiento, una sombra, nada más.

—Porter —dije, humedeciéndome los labios con la lengua—, me gustaría saber antes de morir por qué se lió todo esto.

—La culpa la tuve yo —intervino el joven Amos—. Ya le dije que a veces se encontraba con nosotros, con el grupo de amigos, y charlaba y tomaba unas copas. Ni siquiera recordaba que en una ocasión, delante de él, mostré el retrato de mi padre, que siempre llevo en la billetera. ¡El temía algo de mi padre, no sé qué, no me lo ha explicado, y por eso le mató!

—Ya voy entendiendo —sonreí—. Temía encontrarse con él y que le reconociera como el sospechoso testigo de su huida y la de Pat Robinson que nunca apareció. ¿No es eso, Porter?

El tipo asintió. Y, por fin, habló:

—Fue lo que me impulsó a averiguar su paradero y por ello me uní a Audrey Caldwell, pero ella no parecía saber nada. Un día, Amos me comentó que andaba tras la pista de su padre, y decidí vigilarlo. Así llegamos a ayer. Le seguí al Police Department y luego al gimnasio. Entreabrí la puerta y vi con quién hablaba, reconociéndole de inmediato. Le seguí a su casa y subí por la escalera de incendios para eludir a la portera. Al llegar arriba y cuando iba a encargarme de él, llamaron inoportunamente a la puerta. Era el chico. Le golpeé por la espalda y me encaré a Elmer, sonsacándole antes: así me enteré del origen del chico y del nombre de su compañero. Luego le maté y dejé al chico con vida para que se viera implicado en el asunto y la policía tuviera un posible asesino, sabía que el muchacho se recuperaría de un momento a otro. Me fui de allí por donde había venido. Intenté encontrar a Pat Robinson, vigilé el gimnasio, pero todo resultó estéril. Más tarde, por la noche, acudí a casa de Audrey para ver lo que sabía de su hijo. Y me encontré con aquel tipo. En un principio pensé que podía ser Pat Robinson y le tiré a matar. Luego me llevé la sorpresa, pero

de todas formas había hecho bien. Ese McCoy parecía haber hilvanado fino, igual que Pat Robinson que me telefoneó esta mañana chantajeándome. Le cité aquí.

—Pero él ya no vendrá. A estas horas está en el Police Department firmando una extensa confesión.

—Ustedes no disfrutarán del éxito y nosotros procuraremos escapar de las garras de la policía.

—¿Nosotros?

—Ella se encuentra ahí dentro, despidiéndose por última vez de su amado —musitó despectivamente.

—¿Por qué no nos cuenta quién es su cómplice y cómo fueron las cosas hace veintiún años?

—Está bien. Hay tiempo hasta que salga. Pero nada de tonterías...

—Tiene mi palabra —sonreí amistosamente. Ann Marvin me miró preguntándome con sus ojos qué hacíamos. No tenía respuesta por el momento.

Lionel Porter habló, la diestra empuñando firmemente la pistola.

—Yo era uno de los amantes ocasionales de la ex mujer de Peter Saywer, el policía que investigó el robo de la «Continental», empresa en la que...

—Todo eso lo sabemos. Sáteselo.

—Ella quería vengarse de él y entre los dos planeamos fastidiarle uno de sus trabajos, aprovechándonos y largándonos con una buena tajada. El primero que se presentó a tiro fue el robo de la «Continental». Yo iba tras él como su sombra. Fue entonces cuando conocí a Audrey, pero sólo de lejos, sin que ella me viera. Peter Saywer, finalmente, me llevó hasta los ladrones. Dos de ellos se le escaparon y tropezaron conmigo. Cuando entré en la casita sólo tuve que golpearle por la espalda y con su revólver matar al que allí estaba. El plan no era matar a Peter Saywer, ella no lo quería muerto. Mientras buscaba el dinero afanosamente el muy maldito se recuperó, más rápido de lo que yo pensaba. Peleamos y... y no tuve más remedio que matarle. Eso cambiaba los primitivos planes ligeramente. Entonces se me ocurrió la idea de hacerlo desaparecer y que cargara con todas las culpas. De todas formas, ella y yo teníamos pensado huir del país con el dinero. Los dos escapados no me preocuparon en esos momentos, ya que pensaba que nunca

podríamos llegarnos a cruzar, estando yo en México o Sudamérica. Así las cosas, trasladé el dinero y el cadáver de Saywer al maletero de mi coche, sin que nadie me viera, gracias a que el lugar era bastante solitario. Su cuerpo lo enterré... ahí —señaló el refugio natural—. Más tarde me puse sus ropas y me saqué un billete para México a su nombre. Ella tenía que hacer lo mismo, pero se negó. No quiso venir conmigo. Al saber que él había muerto discutimos acaloradamente y rompimos, cada uno yendo por su lado, aunque el estigma del crimen seguía uniéndonos. En México, desgraciadamente, me arruiné. Eso fue lo que me impulsó a volver aquí y localizarla. Y la presioné para conseguir un empleo bien remunerado.

—Y ella es... —Comencé a decir, pero un disparo me interrumpió. De la oscuridad de la cueva brotó la señora Preston con un revólver humeante, mientras Lionel Porter caía mortalmente herido.

CAPÍTULO XVI

—Esto se ha acabado —dijo Helen Preston, rompiendo el tenso silencio que se había hecho tras el disparo—. El pensaba matarlos a todos. Estaba loco, tenía un miedo horrible a ser descubierto. Yo no podía consentir que matara a mi hija; lo más importante para mí es ella, su felicidad. Ahora sé que está verdaderamente enamorada de ese muchacho. Ya se lo dije, señor Douglas, soy una sentimental.

—Cierto —asentí, respirando aliviado—. Sólo una sentimental cometería el error, el peligroso riesgo, de visitar todos los meses la tumba de su ex esposo.

—No lo comprenderán nunca. Yo quería mucho a Peter. Era el único hombre de mi vida. Pero su maldito oficio le hacía estar mucho tiempo fuera y yo me encontraba muy sola y deprimida. Cometí algunos deslices, es verdad, uno de los últimos con Lionel Porter, un joven *play-boy* por aquel entonces, y Peter, al descubrirlo, fue implacable y no me lo perdonó, divorciándose de mí. Yo me encorajiné tanto que decidí vengarme y solicité la ayuda de Lionel. Pero nunca pensé en su muerte. Cuando Lionel me comunicó que había tenido qué matarle, estuve todo el día llorando, maldiciéndole. Yo no me fui a México con él. Me quedé aquí, visitando la tumba anónima. Luego conocí a Adam Preston, un industrial al que le iban mal las cosas. ¿No se preguntó nunca cómo una mujer como yo, sin nombre ni clase, se pudo unir a una familia tan orgullosa como la de los Preston? Yo le saqué de su bache gracias a los cincuenta mil dólares del robo que me correspondían. El dinero puede con las más sólidas tradiciones y los más fuertes orgullos.

Riendo un tanto desquiciadamente, se acercó a los jóvenes y les desató, dejándoles en libertad.

—Mamá..., mamá... —gimió Deborah Preston, llorosa. El joven Amos la rodeó con un brazo, estrechándola con fuerza, ambos sorprendidos por los trágicos acontecimientos, sin captar aún el verdadero significado de todo.

Helen Preston pasó por encima del muerto Lionel Porter con agilidad, sin hacerle el menor caso, y se aproximó a nosotros. Me entregó el arma.

—Estoy a disposición de ustedes —dijo, mirando hacia los jóvenes, abrazados, fundidos como un solo cuerpo, recortados contra el horizonte, envueltos por un extraño aura que les proporcionaba el sol de la tarde. Comentó seguidamente, con los ojos brillantes, un poquitín húmedos—: Un hijo de Peter y una hija mía... ¿Verdad que hacen buena pareja?

Definitivamente, era una sentimental.

EPÍLOGO

Un día, al salir de mi oficina, tropecé con dos hombres que me resultaron familiares.

—Acompáñenos —dijo uno de ellos, mostrándome su chapa.

Los recordé. Eran los gorilas que solían ir con Ann Marvin.

No tenían cara de muchos amigos y yo estaba intrigado, así que decidí ir con ellos. Para mayor sorpresa no nos dirigimos al Police Department, sino a casa de la joven.

Me llevaron hasta la puerta, uno de ellos pulsó el botón del timbre, ella abrió y, al verme, exclamó con una sonrisa de oreja a oreja:

—¡Oh. Stuart! ¡Qué gentileza por tu parte venir a visitarme! ¡Pasa, pasa!

Me hicieron pasar de un empujón. Ellos se quedaron fuera. Escuché el portazo y entonces dije, con el ceño fruncido:

—¿A qué viene esto?

—¿Qué te crees que soy yo? —Se puso brazos en jarras, cambiando el gesto de su rostro—. ¿Una aventurilla más? ¡Hace más de diez días, desde que declaramos ante el Jurado, que no sé nada de ti!

—Mira, Ann —chasquéé la lengua—. Tú ya sabes cómo son los tipos como yo: solitarios, independientes, algo truhanes...

—Sobre todo, truhanes. Muy truhanes. Pero conmigo no se juega.

—No pensaba que eras de éstas, de las que van a la caza de marido. —Puse la mano en el pomo de la puerta—. Lo siento.

—¡Maldito seas! ¡Me importa un comino el matrimonio! A mí también me encanta la independencia. Ahora bien, cuando un hombre me gusta, no me abandono así porque sí, como a una

muñeca de trapo. Dime, cariño, ¿qué prefieres: ellos... o aguantarme de vez en cuando a mí?

Mi mano abandonó el pomo de la puerta y se ocupó de otras cosas. Qué remedio.

FIN

Albert Rosbund es el pseudónimo del escritor Alberto Rosbound Izquitino.